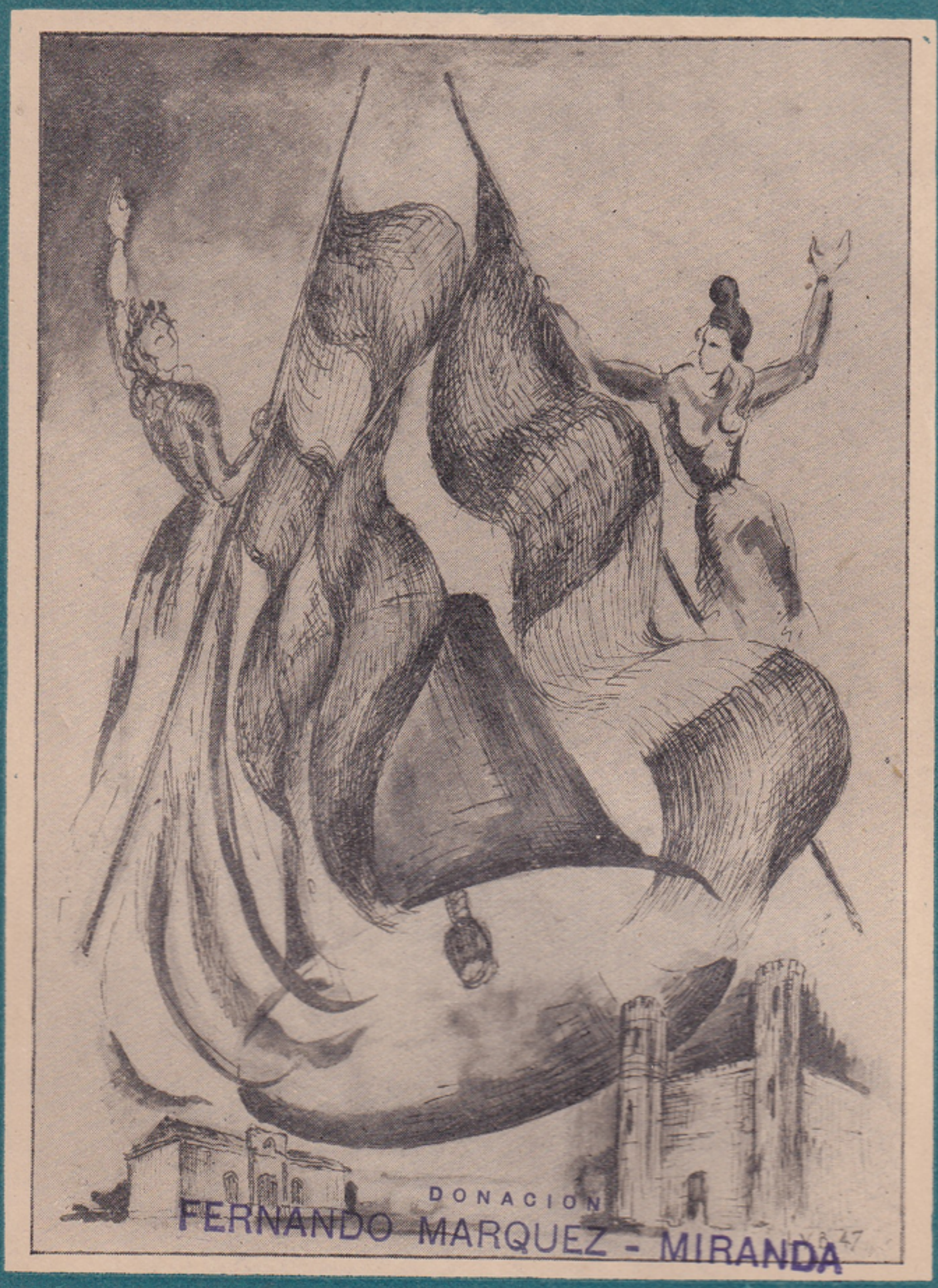
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA

LOS ANALES

DE BUENOS AIRES



DONACION
FERNANDO MARQUEZ - MIRANDA

EN ESTE NÚMERO COLABORAN

JUAN ENRIQUE ACUÑA
JORGE LUIS BORGES
JORGE CALVETTI
PAUL CLAUDEL
CARLOS COLDAROLI
G. K. CHESTERTON
RODOLFO D. FALCIONI
RAUL GONZÁLEZ TUÑON
ADELA GRONDONA
MARTA MOSQUERA EASTMAN
CARLOS PÉREZ RUÍZ
ULISES PETIT DE MURAT
MANUEL PINEDO
VIRGILIO PIÑERA
EMMA RISSO PLATERO
PABLO ROJAS PAZ
MARÍA ELENA WALSH
WALLY ZENNER
NORAH BORGES
CRISTINA CORREA MORALES
LUIS VERNET BASUALDO
ELISABETH WREDE

AÑO II

Nos. 15-16

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS ANALES
DE BUENOS AIRES

ASESOR: JORGE LUIS BORGES

SUMARIO

PAUL CLAUDEL: LOS CUATRO ELEMENTOS . . . 3
ULISES PETIT DE MURAT: EL MURO DE SOMBRA 5
G. K. CHESTERTON: LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS 9
VIRGILIO PIÑERA: EL SEÑOR MINISTRO . . . 20
MARÍA ELENA WALSH: INVOCACIÓN A LA PROFUNDA ADOLESCENCIA 23
ADELA GRONDONA: CAYENA, GUAYANA FRANCESA 24
JORGE CALVETTI: PHARES 33
PABLO ROJAS PAZ: SENTIMIENTO Y EXPERIENCIA 35
RODOLFO D. FALCIONI: EL DESCONOCIDO . . 38
EMMA RISSO PLATERO: BOSQUEJO LITERARIO DE PARÍS 42
JORGE LUIS BORGES: LA CASA DE ASTERIÓN . . 47
CARLOS COLDAROLI: LOS CANGREJOS 50
CARLOS PÉREZ RUÍZ: EL CASO DEL PATRIOTA VENAL 52
RAÚL GONZÁLEZ TUÑON: POEMA DE VALPARAÍSO 59
JUAN ENRIQUE ACUÑA: EL MOSQUITO . . . 61
MANUEL PINEDO: PINTURA 65
MARTA MOSQUERA EASTMAN, CARLOS COLDAROLI, WALLY ZENNER: LOS LIBROS . . 68

PORTADA: *LUIS VERNET BASUALDO* (hijo)

ILUSTRACIONES: *NORAH BORGES, CRISTINA CORREA MORALES, ELISABETH WREDE*

Dirección Editora: LOS ANALES DE BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO B. CENTRAL
FRANQUEO PAGADO
CONCESIÓN Nº 3699
TARIFA REDUCIDA
CONCESIÓN Nº 3140

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO II — Nos. 15-16
MAYO - JUNIO 1947

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS CUATRO ELEMENTOS

No sólo las Bellas Artes se inspiran en esta estilización que la filosofía griega nos ha propuesto de los cuatro temperamentos de la Naturaleza. El Fuego y la Tierra, el Aire y el Agua, no son abstracciones, atisbos del espíritu, son algo a la vez general y real, difuso y complejo, místico y concreto: los cuatro rincones, las cuatro maneras, los cuatro tiempos de nuestro mundo físico; las cuatro propiedades: los elementos de todo. Cuando el primer versículo del génesis, nos dice, que, en el comienzo, en la entraña dc la vida, en el principio, Dios creó el Cielo y la Tierra quiere decir que los creó en relación uno con otro; ligados entre ellos; que más allá de las criaturas estableció poderes con necesidades comunes, con relaciones e intercambios constitucionales: que toda su obra ha sido meditada en estado de reciprocidad y de diálogo mecánico.

El Fuego y la Tierra, el Cielo y la Materia, lo que está, si puedo decirlo simbólicamente, arriba y lo que está abajo —Platón no habla de otro modo— forma el eje, digamos, vertical. El fuego es la fuerza por excelencia, es el vehículo para todo acto, es el que tiene el poder de vencer, de sobrepasar, de penetrar, de mover y atraer, y, por eso, si es necesario, de romper y de disolver. La Tierra o la Materia, en relación a ese primer elemento solo se caracteriza por un poder de resistencia calculada, por la creación de una forma a la que tiene un apego matemático, por el número y por la fórmula. Se opone a la cruz.

Pero el mundo no es solo un estado de equilibrio establecido definitivamente, es un campo de cambio y de vida. Este binomio esencial: Fuerza y Materia, devorada interiormente por el estudio de una paz que no es mas que un armisticio, ha sido envuelta por Dios en nu cierto tejido que la dote de sensibilidad y disponibilidad. Los demás cuerpos celestes según nuestro criterio, no tienen alma. Pero nuestro planeta tiene una atmósfera, algo a su alrededor de compenetrado y de penetrante, una aureola de gas y de licuosidad, una posibilidad de respiración y de alimento.

Cuatro elementos: vemos a nuestro alrededor en el espacio globos incandescentes, toscas esferas sólo constituídas por aglomeración de las masas. Pero el Aire y el Agua son los que traen el alma, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

permiten formar el cuadrado completo en provecho de una conciencia cada vez más clara y cada vez más organizada, del ser vegetal o animal. He aquí el cuerpo configurado, por el mandato que ha recibido de la idea, por el Fuego, pero ese fuego es un inspirado. En el seno de la materia se ha cavado una bolsa, una cavidad anhelante la que muy bien puede llamarse alma, como se dice alma del cañón. Esta cavidad aspira dosis de aire *(Anemos, animus),* que encienden y mantienen el fuego, ese fuego que el agua, savia y sangre está encargada de llevar para alimentar y mantener al conjunto del individuo constituído. Completa en su elemento cuádruple por el testimonio que está llamada a rendir sobre cierto fragmento de tiempo, he aquí la máquina de ser alguien que funciona en la actividad de la alternativa del número.

PAÚL CLAUDEL

(De la obra La Rosa y el Rosario, en preparación.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL MURO DE SOMBRA

Está alzándose, noche y día.
Tiene el rostro impasible del olvido.
Tiene un rostro ninguno
como el olvido, como las repeticiones estériles
que inventan un rostro carcomido
para lo olvidado, un rostro
velado por un fuego final,
para el otoño,
un rostro persistente y vacío
para el insomnio,
un rostro cargado de miedo, de abandono,
de náuseas, de dudas, de estremecimientos,
de gestos ansiosos que se niegan,
para la dura muerte.

Está creciendo junto con las uñas,
día y noche. Y más horrible, más inútil,
más secretamente empecinado, ¿hacia dónde?
No conozco su rumbo, ni el del cielo
ante el que digo infinito, porque todo
se siente más ligero más seguro, menos insoportable
lejos del durísimo silencio.

Crece insaciable, día y noche.
Fortifican su ámbito increíble
las horas que se gastan sin dejarnos
ni el frote actualmente tan distinto,
tan frescamente inmortal, tan íntimo
del cepillo de dientes, o del seno
del amante, contra el seno
del amante: espejo.

Trizado espejo, menos mentiroso
dilata —como una luz— su sombra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que crece insaciable, día y noche,
aboliendo
los dientes agudos y las redondas muelas, detenidas
en las rojas sandías del verano
o las almas entorpecidas en los atardeceres
sobre el lánguido trompo de los valses,
disipando
hojas y mejillas, para crecer
cada vez más cerca de la dura soledad, de la gastada
soledad del hombre.

Ya lo veo, sin creerlo, muro.
Es frágil la palabra: así decaen
las viejas torres y otras
de nombre ignorado, que existieron
junto a los hombres esparcidos
en el breve epitafio de la historia,
en cenizas, en orugas, en maderas
o más lejos.
Muro durísimo: es frágil la palabra doblada,
el substantivo apretándose al adjetivo, tan pasajeros
como los sonoros amantes hoy sin eco.
Pero crece insaciable e inviolado,
más allá de las palabras, del olvido,
del silencio, de la soledad y la muerte.

Yo lo siento crecer en la íntima
ceguera de la entrada al sueño, en la engañosa
vigilia, con las categorías
exteriores divididas para que una memoria
llagada, duela menos.

Crece siempre el muro de sombra, sin altura
ni espesor. Adentro, prisionero
en oscura expiación
estoy yo mismo y lo que hice en vano
y aquello que perdí de todos modos
igual que los demás, alzando, sin altura
—irreductible al canto y la metáfora—
el muro de sombra.
(Pienso que la arabia elegans se pudre
en un remoto invernadero,
que no puedo retener el grataerius, que no es flor
y que arde más que las mismas flores con su color

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y con su nombre tan extraños; pienso
en el carro que se va, arrastrando
una calle infinita y olvidada, pienso
en los muertos.)

El resplandor tenebroso de ese muro ¿oculta a Dios?
¿Se llama Ángel la puerta entrevista?
¿Es la muerte su rica madurez y cae
abolido en tinieblas frutales, delicadas
como si dieran
una dulce eternidad para nosotros,
una simple eternidad de música
al que quiere
la música, de niñez, a los que lloran
por su niñez perdida, de sueño
a los que desean encontrar el sueño o prolongarlo,
en las mañanas agrias,
una eternidad sin deseo culpable, ni cambiante dolor
o efímero placer,
una eternidad pequeña,
con cien libros amados para ser leídos sin cansancio,
y la mirada de amor que era bastante
para sentir el cielo sin mirarlo,
y el anhelo de mirar, cumplido,
o todo sin hacerse, pero lejos
de la frustración, del daño, de la angustia
de la incesante crueldad, de la ignominia que nos ata
a una sórdida eternidad de trapo
contaminado, de agua
servida?

Digo esto desde atrás del muro de sombra
que incesante crece, día y noche.
Que Dios se apiade de mi alma,
si no entiendo a ratos nada.
Que Dios se apiade de su criatura
murada tras el alto muro, que crece
en las entrañas aleladas
del día de los hombres, o en el contorno
circular y puro de la noche.

No me preguntes, ni siquiera
para que lado del canto o del silencio o el goce
pido a tu Ángel que abra la soñada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puerta del muro. No sé nada. Estoy amargo
y de rodillas; estoy apretado y desbordando llanto;
sé que el muro
lo hice yo, empecinado, noche y día.

Te pido perdón, humildemente
a ti y a los hermanos que me diste.
Le pido perdón a la agraviada rosa, a mi ciudad,
a los niños que hice brotar de otro costado
—según tu fórmula mágica y atroz—
al escondido hombre que no escuché bastante, a la agraviada,
mujer, rosa gastada, balanceándose
a un viento cualquiera
en los frágiles tallos de la sangre.
Pido perdón a Dios y a todos
por haber ocupado mis noches y mis días
en levantar muy alto hacia la muerte
—sin pupilas, sin rosas, sin ventanas—
el fatigado muro de la sombra.

ULISES PETIT DE MURAT

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS TRES JINETES DEL APOCALIPSIS

La singular y a veces inquietante impresión que Mr. Pond me causaba, a pesar de su cortesía trivial y de su corrección, se vinculaba tal vez a alguno de mis primeros recuerdos y a la vaga sugestión verbal de su nombre. Era un viejo amigo de mi padre, un funcionario; y sospecho que mi imaginación infantil había mezclado de algún modo el nombre de Mr. Pond con el estanque del jardín. Pensándolo bien se parecía extrañamente al estanque. Era, en general, tan sereno, tan regular y tan claro en sus habituales reflejos de la tierra, del cielo y de la luz del día como aquél. Y yo sabía, sin embargo, que había algunas cosas raras en el estanque del jardín. Una o dos veces al año el estanque parecía un poco distinto: una sombra fugaz o un destello interrumpía su lisa tranquilidad, y un pez o un sapo o alguna criatura más grotesca se mostraba al cielo. Y yo sabía que también en Mr. Pond había monstruos: monstruos mentales que emergían un instante a la superficie y luego se perdían. Tomaban las formas de observaciones monstruosas en medio de sus observaciones inofensivas y razonables. Algunos interlocutores pensaban que en la mitad de un diálogo juicioso se volvía loco. Pero también reconocían que regresaba a la cordura inmediatamente.

Una tarde, hablaba muy juiciosamente con Sir Hubert Watton, el conocido diplomático; estaban sentados bajo enormes quitasoles, mirando el estanque, en nuestro jardín. Hablaban de una parte del mundo que ambos conocían y que en Europa Occidental se conoce muy poco: Las vastas llanuras anegadizas que se deshacen en pantanos y ciénagas en los confines de Pomerania y de Polonia y de Rusia y que se dilatan acaso hasta los desiertos siberianos. Y Mr. Pond recordó que en una región de profundas ciénagas, cortadas por lagunas y lentos ríos, hay un solo camino en un estrecho terraplén empinado: una senda no peligrosa para el peatón, pero escasa para que dos jinetes pasen a un tiempo. Éste es el principio del cuento.

Se refiere a un tiempo no muy lejano, a un tiempo, en el que aun se usaban tropas de caballería, aunque más para correos que para combates. Baste decir que esto ocurrió en una de las muchas guerras que han arrasado a esa parte del mundo, si es posible arrasar un desierto. Esa guerra entrañaba la presión del sistema prusiano sobre la nación polaca, pero es innecesario formular la política del asunto o discutir el pro y el contra. Digamos, ligeramente, que Mr. Pond divirtió a los presentes con un enigma. Espero que ustedes recordarán, dijo Pond, el revuelo que produjo Pablo Petrovski, el poeta de Cracovia, que hizo dos cosas bastante peligrosas en aquel tiempo: mudarse de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cracovia a Poznan y ser a la vez poeta y patriota. La ciudad en que vivía estaba ocupada en ese momento por los prusianos; estaba situada exactamente en el término oriental del largo camino; pues, como es de imaginarse, el comando prusiano se había apresurado a ocupar la cabeza de puente, de ese puente tan solitario, sobre ese mar de ciénagas. Pero su base estaba en el término occidental del camino; el célebre mariscal von Grock, tenía el comando supremo; y su antiguo regimiento, que seguía siendo su regimiento predilecto, los Húsares Blancos, estaba acampado cerca del extremo occidental del alto camino. Por supuesto, todo era impecable, hasta el menor detalle de los espléndidos uniformes blancos, atravesados por el tahalí llameante —esto era anterior al empleo de los colores del barro y de la arcilla para todos los uniformes del mundo—. No los repruebo. A veces pienso que el tiempo de la heráldica era más hermoso que el tiempo del mimetismo que trajo la historia natural y el culto de los camaleones y de los escarabajos. Sea lo que fuere, este regimiento de caballería prusiana, usaba su propio uniforme; y, como verán ustedes, ese fué otro elemento del fiasco; pero no sólo eran los uniformes; era la uniformidad. Todo fracasó, porque había demasiada disciplina. Los soldados de Grock le obedecían demasiado; de modo que no podía hacer lo que quería.

—Eso debe de ser una paradoja —dijo Watton, con un suspiro—. Será muy ingenioso y todo lo que quieran; pero realmente es un desatino. Ya sé que la gente suele decir que hay demasiada disciplina en el ejército alemán. Pero en un ejército no puede haber demasiada disciplina.

—Pero no lo digo de una manera general —dijo Pond, quejumbrosamente. Lo digo refiriéndome a este caso particular. Grock fracasó porque su soldados le obedecieron. Claro que si *uno* de los soldados le hubiera obedecido, las cosas no hubieran ido tan mal. Pero como dos de sus soldados le obedecieron —el hombre fracasó.

Watton se rió guturalmente.

—Me encanta su nueva teoría militar. Usted permite la obediencia a un soldado en un regimiento; pero que dos soldados obedezcan, ya es un exceso de la disciplina prusiana.

—No tengo ninguna teoría militar, hablo de un hecho militar —contestó Mr. Pond plácidamente—. Es un hecho militar que Grock fracasó porque dos de sus soldados le obedecieron. Es un hecho militar que hubiera tenido éxito si uno de ellos hubiera desobedecido. Encárguese usted de las teorías militares.

—No soy aficionado a las teorías —dijo Watton con cierta sequedad, como alcanzado por un insulto trivial.

En ese momento se vió la vasta y fanfarrona figura del capitán Gahagan, el incongruente amigo y admirador del apacible Mr. Pond. Tenía una fogosa malva en el ojal y un sombrero de copa requintado sobre la roja cabellera; y aunque era relativamente joven, había en su andar un contoneo que sugería la época de los *dandys* y de los duelistas. Alto y de espaldas al sol, parecía el emblema de la arrogancia. Sentado, cara al sol, atenuaban la impresión anterior los ojos pardos, muy suaves, tristes y un poco ansiosos.

Mr. Pond interrumpió su monólogo y se perdió en un torrente de disculpas:

—Estoy hablando demasiado, como de costumbre; la verdad es que ha-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

blaba de ese poeta, Petrosvki, que casi fué ejecutado en Poznan, hace ya tiempo. Las autoridades militares vacilaban: iban a dejarlo en libertad, si no recibían órdenes directas del Mariscal von Grock; pero el Mariscal había decidido que muriera el poeta; y mandó la sentencia de ejecución, esa misma tarde. Después mandaron un indulto; pero como el portador del indulto murió en el camino, el prisionero fué puesto en libertad.

—Pero cómo... —repitió mecánicamente Watton.

—El portador del *indulto*... —añadió Gahagan con alguna ironía.

—Murió en el camino... —murmuró Watton.

—Naturalmente, el prisionero fué puesto en libertad —observó Gahagan, con una voz fuerte y feliz—. Es claro como la luz del día. Cuéntanos otro cuento.

—Es una historia estrictamente cierta —protestó Mr. Pond— y ocurrió exactamente como les digo. No es una paradoja. Claro, si se ignoran los hechos, todo puede parecer complicado.

—Sí —convino Gahagan— necesitaremos muchos detalles para comprender que esa historia es simple.

—Cuéntala de una vez —dijo Watton.

Pablo Petrovski era uno de esos hombres nada prácticos, que son de prodigiosa importancia en la política práctica. Su poder estaba en el hecho de que era un poeta nacional, pero también un cantor internacional. Es decir, tenía una bella voz poderosa con la que cantaba sus himnos en todas las salas de concierto del mundo. En su patria, naturalmente, era una antorcha y un clarín de esperanzas revolucionarias, especialmente entonces, en aquella crisis internacional, en que el lugar de los políticos prácticos había sido ocupado por hombres mucho más o mucho menos prácticos. Porque el verdadero idealista y el verdadero realista comparten el amor de la acción. Y el político práctico vive de formular objeciones prácticas a cualquier acción. La obra del idealista podrá ser impracticable; la del hombre de acción, inescrupulosa; pero en ninguno de los dos casos puede un hombre ganar una reputación por no hacer nada. Es raro que esos dos tipos extremos estuvieran en los dos extremos de ese largo camino entre los pantanos: el poeta polaco, prisionero, en la ciudad a un extremo; el soldado prusiano, comandando el campamento al otro.

Porque el Mariscal von Grock era un verdadero prusiano, no sólo enteramente práctico sino enteramente prosaico. Jamás había leído un verso, pero no era un imbécil. Poseía el sentido de la realidad, propio de los soldados; este sentido le impedía incurrir en el error asnal del político práctico. No se burlaba de las visiones; se limitaba a detestarlas. Sabía que un poeta, o un profeta, podían ser peligrosos como un ejército. Y había resuelto que el poeta muriera. Era su único tributo a la poesía, y era sincero.

Estaba sentado ante una mesa, en su tienda; el yelmo con punta de acero, que siempre usaba en público, estaba a su izquierda; y su cabeza maciza parecía calva, aunque sólo estaba rapada. También la cara entera estaba rapada y nada la cubría, salvo unos anteojos muy fuertes, que daban un aire enigmático al rostro pesado y caído. Se volvió a un teniente que estaba firme

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a su lado, un alemán de los de cara indefinida y cabello pálido, cuyos redondos ojos azules miraban como ausentes.

—Teniente von Hocheimer —preguntó— ¿dijo usted que Su Alteza llegaría esta noche al campamento?

—A las siete y cuarenta y cinco, mi general —respondió el teniente, que parecía poco dispuesto a hablar, como un gran animal que apenas dominase esa habilidad.

—Estamos justo a tiempo —dijo Grock— para mandarlo a usted con la sentencia de muerte, antes que llegue. Debemos servir a Su Alteza de todas formas, pero especialmente ahorrándole molestias inútiles. Ya tendrá bastante con revistas a las tropas; cuide que todo esté a disposición de Su Alteza. A las ocho y cuarenta y cinco Su Alteza partirá para el próximo puesto avanzado.

El teniente volvió parcialmente a la vida e hizo un esbozo de saludo.

—Es claro, mi general, todos debemos obedecer a Su Alteza.

—He dicho que todos debemos servir a Su Alteza —dijo el Mariscal.

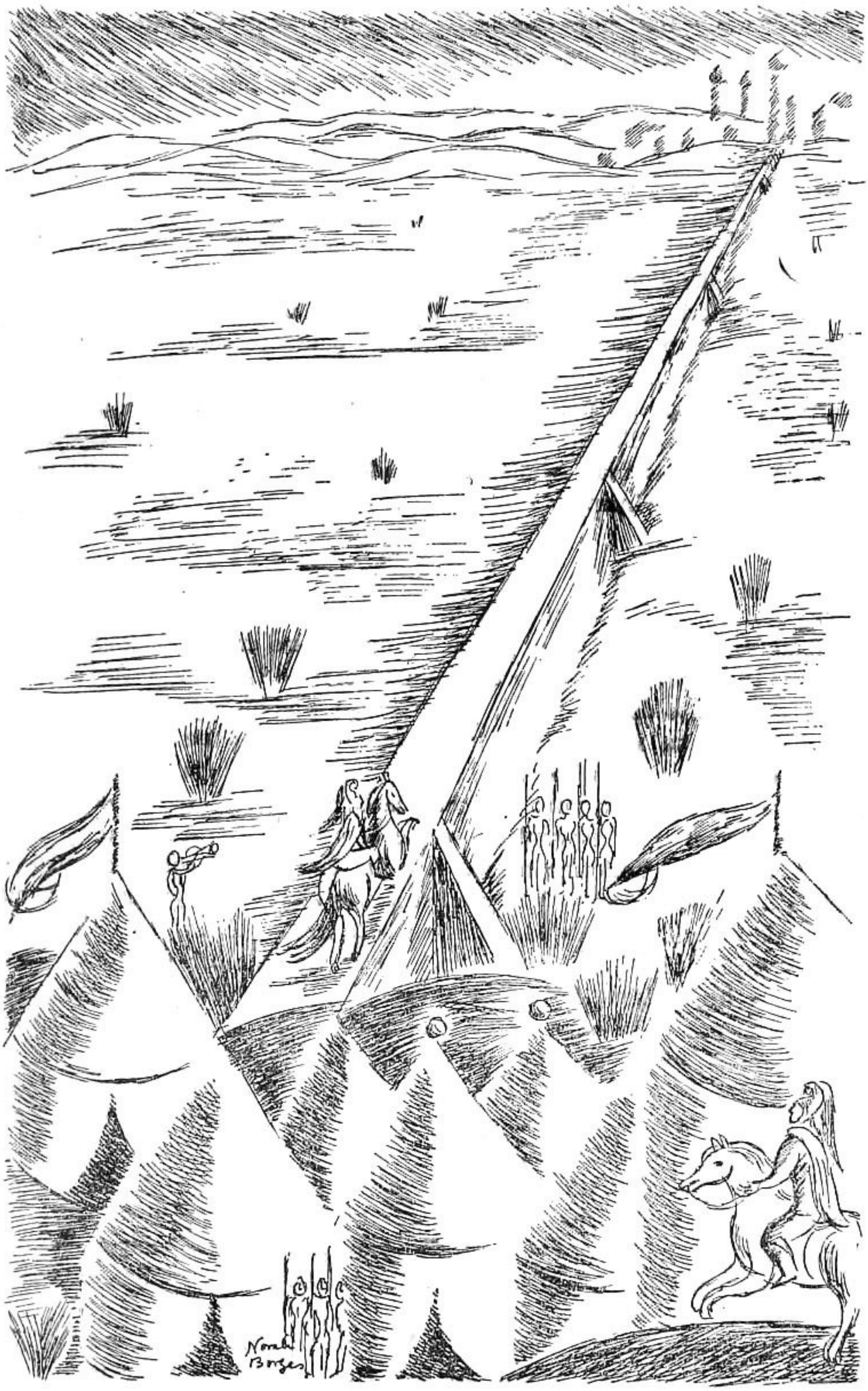
Con un movimiento más brusco que de costumbre se quitó los anteojos y los arrojó sobre la mesa. Si los vagos ojos azules del teniente hubieran sido perspicaces, se hubieran dilatado todavía más ante la trasformación operada por ese gesto. Fué como la remoción de una máscara de hierro. Un segundo antes, el Mariscal von Grock se parecía extraordinariamente a un rinoceronte, con sus pesados pliegues de coreácea mandíbula y mejilla. Ahora era una nueva clase de monstruo: un rinoceronte con ojos de águila. El frío resplandor de sus ojos viejos hubiera dicho casi a cualquiera que algo había en él que no era solamente pesado; que algo había en él, hecho de acero y no sólo de hierro. Porque todos los hombres viven por un espíritu, aunque sea un espíritu malvado, o uno tan extraño a la comunidad de los hombres cristianos, que éstos apenas saben si es bueno o malo.

—He dicho que todos debemos servir a Su Alteza —repitió Grock—. Hablaré con más claridad y diré que todos debemos salvar a Su Alteza. ¿No basta a nuestros reyes ser nuestros dioses? ¿No les bastan que los sirvan y que los salven? Nosotros somos quienes debemos servir y salvar.

El Mariscal von Grock raramente hablaba o pensaba (tal como entienden el pensamiento las personas intelectuales). Los hombres como él, cuando se ponen a pensar en voz alta, prefieren dirigirse a su perro. Les complace ostentar palabras difíciles y complicados argumentos ante el perro. Sería injusto comparar al teniente von Hocheimer con un perro. Sería injusto para el perro, que es una criatura sensitiva y vigilante. Sería más exacto decir que el Mariscal von Grock en este raro momento de reflexión, tenía la comodidad y la tranquilidad de sentir que estaba reflexionando en voz alta en presencia de una vaca o de una legumbre.

—Una y otra vez, en la historia de nuestra Casa Real, el sirviente ha salvado al amo —continuó Grock— sin lograr otro premio que sinsabores, a lo menos de parte de la opinión pública, que siempre gime contra el afortunado y el fuerte. Pero hemos sido afortunados y hemos sido fuertes. Maldijeron a Bismarck por haber engañado a su amo, con el telegrama de Ems; pero convirtió a su amo en amo del mundo. París fué capturado; destronada Austria; y nosotros quedamos a salvo. Esta noche Pablo Petrovski habrá muerto, y otra vez estaremos a salvo. Por eso le mando con esta inmediata

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sentencia de muerte. ¿Entiende usted que lleva la orden para la inmediata ejecución de Petrovski y que no debe regresar hasta que la cumplan?

El inexpresivo Hocheimer saludó; entendía muy bien esa orden. Al fin de cuentas tenía algunas de las virtudes del perro: era valiente como un bulldog y podía ser fiel hasta la muerte.

—Debe usted montar a caballo y partir sin tardanza —continuó Grock— y cuidar que nada lo demore, o impida su misión. Me consta que ese imbécil de Arnheim libertará a Petrovski esta noche, si no recibe mensaje alguno. Apresúrese.

Y el teniente volvió a saludar y entró en la noche; y después de montar uno de los soberbios corceles blancos que eran parte del esplendor de ese regimiento espléndido, empezó a correr por el alto y estrecho terraplén, casi como el filo de una muralla, que dominaba el sombrío horizonte, los difusos contornos y los apagados colores de aquellos pantanos enormes.

Cuando el último eco del caballo retumbó en el camino, el Mariscal se incorporó, se puso el casco y los lentes y salió a la puerta de la tienda; pero por otra razón. El Estado Mayor, con uniforme de gala, ya le esperaba; y, desde las profundas filas, se oían los saludos rituales y las voces de mando. Había llegado el Príncipe.

* * *

El Príncipe era algo así como un contraste, al menos en lo externo, con los hombres que lo rodeaban; y aún en otras cosas era una excepción en su mundo. También usaba yelmo con punta de acero, pero de otro regimiento, negro con reflejos de acero azul; y había algo semi-incongruente y semi-apropiado, por alguna anticuada razón, en la combinación de ese yelmo con la larga y oscura barba fluída, entre aquellos prusianos bien rasurados. Como para hacer juego con la larga y oscura barba usaba un largo y oscuro manto azul con una estrella resplandeciente, de la más alta Orden Real; y bajo el manto azul vestía uniforme negro. Aunque tan alemán como los otros, era un tipo distinto de alemán; y algo en su rostro absorto y orgulloso confirmaba la leyenda de que la única pasión de su vida era la música.

En verdad, el adusto Grock, creyó poder vincular con esa remota excentricidad el hecho fastidioso y exasperante de que el Príncipe no procediera inmediatamente a revistar las tropas, formadas ya en todo el orden laberíntico de la etiqueta militar de su nación; y que inmediatamente abordara el tema que el Mariscal quería evitar: el tema de ese polaco informal, su popularidad y su peligro; porque el Príncipe había oído las canciones de este hombre en los teatros de toda Europa.

—Hablar de ejecutarlo es una locura —dijo el Príncipe, sombrío bajo su casco negro—. No es un polaco vulgar. Es una institución europea. Sería lamentado y divinizado por nuestros aliados, por nuestros amigos, hasta por nuestros compatriotas. ¿Quiere usted convertirse en las mujeres locas que asesinaron a Orfeo?

—Alteza —dijo el Mariscal— sería lamentado; pero estaría muerto. Sería divinizado; pero estaría muerto. De los actos que anhela ejecutar, no ejecutaría uno solo. Todo lo que hace ahora, cesaría para siempre. La muerte es un hecho irrefutable, y me gustan los hechos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿No sabe usted nada del mundo? —preguntó el Príncipe.

—Nada me importa el mundo —contestó Grock— mas allá de los jalones de la frontera.

—¡Dios del cielo! —gritó el Príncipe—. Usted hubiera fusilado a Goethe por una indisciplina con Weimar.

—Por la seguridad de su Casa Real —contestó Grock— no hubiera vacilado un instante.

Hubo un breve silencio y el Príncipe dijo con una voz seca y distinta:

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que no he vacilado un instante —dijo el Mariscal, con firmeza—. Ya he enviado órdenes para la ejecución de Petrovski.

El Príncipe se irguió como una gran águila obscura; su capa ondeó como en un vértigo de alas; y todos los hombres supieron que una ira más allá del lenguaje había hecho de él un hombre de acción. Ni siquiera se dirigió al Mariscal; a través de él, con voz muy alta, habló al jefe de estado mayor, General von Zenner, un hombre opaco, de cuadrada cabeza, que había permanecido en segundo término, quieto como una piedra.

—¿Quién tiene el mejor caballo en su división? ¿Quién es el mejor jinete?

—Arnold von Schacht tiene un caballo que vencería a los de carrera —respondió en seguida el general—. Y es un admirable jinete. Es de los Húsares Blancos.

—Muy bien —dijo el Príncipe, con la misma decisión en su voz—. Que inmediatamente salga en persecución del hombre con esa orden absurda, y que lo detenga. Yo le daré una autorización que el eminente Mariscal no discutirá. Traigan papel y tinta.

Sentóse, desplegando la capa, le trajeron lo pedido, escribió firmemente y rubricó la orden que anulaba todas las otras y aseguraba el indulto y la libertad de Petrovski, el polaco.

*
* *

Después, en un silencio de muerte, que von Grock aguantó sin pestañear, como un ídolo bárbaro, el Príncipe salió de la estancia, con su capa y su espada. Estaba tan disgustado, que nadie se atrevió a recordarle la revista de las tropas. Arnold von Schacht, un muchacho ágil, de aire de niño, pero con más de una medalla en su blanco uniforme de húsar, juntó los talones, recibió la orden del Príncipe y, afuera, saltó a caballo y se perdió por el alto camino, como una exhalación o como una flecha de plata.

Con lenta serenidad el viejo Mariscal volvió a la tienda; con lenta serenidad se quitó el casco y los anteojos y los puso en la mesa. Luego llamó a un asistente y le ordenó buscar al sargento Schwarz, de los Húsares Blancos.

Un minuto después se presentó ante el Mariscal un hombre cadavérico y alto, con una cicatriz en la mandíbula, muy moreno para alemán, como si el color de su tez hubiera sido obscurecido por años de humo, de batallas y de tormentas. Hizo la venia y se cuadró mientras el Mariscal alzaba lentamente los ojos. Y aunque era muy vasto el abismo entre el Mariscal del Imperio, con generales a sus órdenes, y aquel sufrido suboficial, lo cierto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

es que de todos los hombres que han hablado en este cuento, sólo estos dos se miraron y se comprendieron sin palabra.

—Sargento —dijo secamente el Mariscal— ya lo he visto dos veces. Una, creo, cuando ganó el primer premio del Ejército en el certamen de tiro.

El sargento hizo la venia, silencioso.

—La otra —continuó el Mariscal— cuando lo acusaron de matar de un tiro a esa vieja que se negó a informar sobre la emboscada. El incidente dió mucho que hablar, aún en nuestros círculos. Sin embargo se movió una influencia en su favor, sargento. Mi influencia.

Otra vez el sargento hizo la venia. El Mariscal prosiguió hablando de un modo frío, pero extrañamente sincero.

—Su Alteza el Príncipe ha sido engañado en un punto esencial a su propia seguridad y a la de la Patria, y ahora acaba de mandar una orden para que pongan en libertad a Petrovski, que debe ser ejecutado esta noche. Repito: que debe ser ejecutado esta noche. Tiene usted que salir inmediatamente en pos de von Schacht, que lleva la orden, y detenerlo.

—Me será muy difícil alcanzarlo, mi general —dijo el sargento—. Tiene el caballo más veloz del regimiento y es el mejor jinete.

—Yo no dije que lo alcanzara. Dije que lo detuviera —dijo Grock—. Luego habló más despacio. Un hombre puede ser detenido de muchos modos: por gritos o disparos —se hizo más lenta y más pesada su voz, pero sin una pausa—. La descarga de una carabina podría llamarle la atención.

El sombrío sargento hizo la venia por tercera vez, y no desplegó los labios.

—El mundo cambia —dijo Grock— no por lo que se dice o por lo que se reprueba o alaba, sino por lo que se hace. El mundo nunca se repone de un acto. El acto necesario en este momento es la muerte. —Dirigió al otro sus brillantes ojos de acero y agregó—: Hablo, claro está, de Petrovski.

El sargento Schwarz sonrió ferozmente; y también él, después de alzar la lona que cubría la entrada de la tienda, montó a caballo y se fué.

El último de los tres jinetes era aun más invulnerable a la fantasía que el primero. Pero, como también era humano, (siquiera de un modo imperfecto), no dejó de sentir, en esa noche y con esa misión, el peso de ese paisaje inhumano. Al cabalgar por ese terraplén abrupto, infinitamente se dilataba a su alrededor algo más inhumano que el mar. Porque nadie podía nadar ahí, ni navegar, ni hacer nada humano; sólo podía hundirse en el lodo, y casi sin lucha. El sargento sintió con vaguedad la presencia de un fango primordial, que no era sólido, ni líquido, ni capaz de una forma; y sintió su presencia en el fondo de todas las formas.

Era ateo, como tantos miles de hombres sagaces, obtusos, del norte de Alemania; pero no era de esos paganos felices que ven en el progreso humano un florecimiento natural de la tierra. El mundo para él no era un campo en que las cosas verdes o vivientes surgían y se desarrollaban y daban frutos; era un mero abismo donde todas las cosas vivientes se hundirían para siempre; este pensamiento le daba fuerza para todos los extraños deberes que le incumbían en un mundo tan detestable. Las manchas grises de la vegetación aplastada, vistas desde arriba como en un mapa, parecían el gráfico de una enfermedad; y las incomunicadas lagunas parecían de veneno, no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de agua. Recordó algún escrúpulo humanitario contra los envenenadores de lagunas.

Pero las reflexiones del sargento, como casi todas las reflexiones de los hombres que no suelen reflexionar, tenían su raíz en alguna tensión subconsciente sobre sus nervios y su inteligencia práctica. El recto camino era no sólo desolado sino infinitamente largo. Imposible creer que había corrido tanto sin divisar al hombre que perseguía. Sin duda, el caballo de von Schacht debía de ser muy veloz para haberse alejado tanto, porque sólo había salido un rato antes. Schwarz no esperaba alcanzarlo; pero un justo sentido de la distancia le había indicado que muy pronto lo divisaría. Al fin, cuando empezaba a desesperarse, lo divisó.

Un punto blanco, que fué convirtiéndose muy despacio en una forma blanca, surgió a lo lejos, en una furiosa carrera. Se agrandó, porque Schwarz espoleó y fustigó a su caballo; llegó a un tamaño suficiente la raya anaranjada sobre el uniforme blanco que distinguía al uniforme de los húsares. El ganador del premio de tiro de todo el ejército había dado en el centro de blancos más pequeños que aquél.

Enfiló la carabina, y un disparo violento espantó, por leguas a la redonda, las aves salvajes de los pantanos. Pero el sargento Schwarz no pensó en ellas. Su atención estaba en la erecta y remota figura blanca, que se arrugó de pronto como si el fugitivo se desformara. Pendía sobre la montura como un jorobado; y Schwarz, con su exacta visión y con su experiencia, estaba seguro de que su víctima había sido alcanzada en el cuerpo; y, casi indudablemente, en el corazón. Entonces, con un segundo balazo, derribó al caballo; y todo el grupo ecuestre resbaló y se derrumbó y se desvaneció en un blanco relámpago dentro del obscuro pantano.

El sargento estaba seguro de haber cumplido su obra. Los hombres como él se aplican mucho en sus actos; por ese motivo suelen ser tan erróneos sus actos. Había ultrajado la camaradería, que es el alma de los ejércitos; había matado a un oficial que estaba cumpliendo con su deber; había engañado y desafiado a su Príncipe y había cometido un asesinato vulgar sin la excusa de una pendencia, pero había acatado la orden de un superior y había ayudado a matar a un polaco. Estas dos circunstancias finales ocuparon su mente y emprendió el regreso para dar su informe. No dudaba de la perfección de la obra cumplida. Indudablemente, el hombre que llevaba el perdón estaba muerto; y, si por un milagro, sólo estuviera agonizando, era inconcebible que llegara a la ciudad a tiempo de impedir la ejecución. No; en suma lo más práctico era volver a la sombra de su protector, el autor del desesperado proyecto. Con toda sus fuerzas se apoyaba en la fuerza del gran mariscal.

Y, en verdad, el gran mariscal tenía esta grandeza: después de la monstruosidad que había cometido, o que había ordenado cometer, no temió afrontar los hechos o las comprometedoras posibilidades de mostrarse con su instrumento. Una hora después, él y Schwarz, cabalgaban por el largo camino; en un determinado sitio desmontó el Mariscal, pero le dijo al otro que prosiguiera. Quería que el sargento llegara a la ciudad, y viera si todo estaba tranquilo después de la ejecución, o si persistía algún peligro de agitación popular.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Aquí es, mi general? —interrogó el sargento en voz baja—. Hubiera jurado que era más adelante; pero la verdad es que este camino infernal se estiraba como una pesadilla.

—Aquí es —dijo Grock, y con lentitud se apeó del caballo. Se acercó al borde del parapeto y miró hacia abajo.

Se había levantado la luna sobre los pantanos y su esplendor magnificaba las aguas obscuras y la escoria verdosa; y en un cañaveral, al pie del terraplén, yacía en una especie de luminosa y radiante ruina, todo lo que quedaba de uno de los soberbios caballos blancos y jinetes blancos de su antiguo regimiento. La identidad no era dudosa; la luna destacaba el cabello rubio del joven Arnold, el segundo jinete, y el mensajero del indulto; brillaban también el tahalí y las medallas que eran su historia ,y los jalones y los símbolos de su grado. Grock se había sacado el yelmo; y aunque ese gesto era tal vez la vaga sombra de un sentimiento funeral de respeto, su efecto visible fué que el enorme cráneo rapado y el pescuezo de paquidermo resplandecieran pétreamente bajo la luna como los de un monstruo antediluviano. Rops, o algún grabador de las negras escuelas alemanas, podría haber dibujado ese cuadro: una enorme bestia, inhumana como un escarabajo, mirando las alas rotas y la armadura blanca y de oro de algún derrotado campeón de los querubines.

Grock no expresó piedad y no dijo ninguna plegaria; pero de un modo obscuro se conmovió como en algún instante se conmueve la vasta ciénaga; y, casi defendiéndose, trató de formular su única fé y confrontarla con el universo desnudo y con la luna insistente.

—Antes y después del hecho, la Voluntad Alemana es la misma. No la destruyen las vicisitudes y el tiempo, como la de quienes se arrepienten. Está afuera del tiempo, como una cosa de piedra que mira hacia atrás y hacia adelante con una sola cara.

El silencio duró lo bastante para halagar su fría vanidad con una sensación de prodigio; como si una figura de piedra hubiera hablado en un valle de silencio. Pero la soledad volvió a estremecerse con un remoto susurro que era el redoble de un galope; poco después llegó el sargento y su cara obscura y marcada no sólo era severa sino fantasmal en la luz de la luna.

—Mi general —dijo, haciendo la venia con una singular rigidez— he visto a Petrovski, el polaco.

—¿No lo enterraron todavía? —preguntó el Mariscal, sin levantar los ojos.

—Si lo enterraron —dijo Schwarz —ha removido la lápida y ha resucitado de entre los muertos.

Schwarz seguía mirando la luna y la ciénaga; pero, aunque no era un visionario, no veía lo que miraba, sino más bien las cosas que había visto. Había visto a Pablo Petrovski, recorriendo la iluminada avenida de esa ciudad polaca; imposible confundir la esbelta figura, la melena romántica y la barba francesa que figuraban en tantos álbumes y revistas. Y detrás había visto la ciudad encendida en banderas y en antorchas y al pueblo entero adorando al héroe, festejando su libertad.

—¿Quiere decir —exclamó Grock con estridencia repentina en la voz— que han desafiado mi orden?

Schwarz hizo la venia y dijo:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Ya lo habían puesto en libertad y no habían recibido ninguna orden.

—¿Pretende usted hacerme creer —dijo Grock— que del campamento no llegó ningún mensajero?

—Ningún mensajero —dijo el sargento.

Hubo un silencio mucho más largo, y por fin dijo Grock, roncamente:

—¿Qué ha ocurrido, en nombre del infierno? ¿Puede usted explicarlo?

—He visto algo —dijo el sargento— que me parece que lo explica.

*
* *

Cuando Mr. Pond llegó a este punto, se detuvo con una placidez irritante.

—¿Y usted puede explicarlo? —dijo Gahagan.

—Me parece que sí —dijo Mr. Pond, tímidamente—. Como usted sabe, yo tuve que aclarar el asunto cuando el ministerio intervino. Todo fué motivado por un exceso de obediencia prusiana. También fué motivado por un exceso de otra debilidad prusiana: el desdén. Y de todas las pasiones que ciegan y enloquecen y desvían a los hombres, la peor es la más fría: el desdén.

Grock había hablado con demasiada libertad ante el perro y ante la legumbre. Desdeñaba a los imbéciles, aun en su regimiento: había tratado a von Hocheimer, el primer mensajero, como si fuera un mueble, sólo porque parecía un imbécil. Pero Hocheimer no era tan imbécil como parecía: había entendido, tanto como el sargento, lo que el gran mariscal quería decir; había comprendido la ética del mariscal, la que afirma que un acto es irrefutable, aunque sea indefendible. Sabía que lo que su jefe deseaba era el cadáver de Petrovski; que lo deseaba de todos modos, a costa de cualquier engaño de príncipes o muertes de soldados. Y cuando oyó que lo perseguía un veloz jinete, comprendió inmediatamente que éste traía un indulto del príncipe. Von Schacht, muy joven pero muy valiente oficial, que era como un símbolo de esa más noble tradición de Alemania, que este relato ha descuidado, merecía la circunstancia que lo convirtió en heraldo de una política más noble. Llegó con la rapidez de esa equitación que ha legado a Europa el nombre mismo de caballerosidad, y ordenó al otro con un tono como la trompeta de un heraldo, que se detuviera y se volviera. Von Hocheimer obedeció. Se detuvo, sujetó el caballo y se volvió en la silla; pero la carabina estaba en su mano, y una bala atravesó la frente de von Schacht.

Luego se volvió y prosiguió, con la sentencia de muerte del polaco. A su espalda el caballo y el jinete se desmoronaron por el terraplén, y quedó despejado todo el camino; por ese camino despejado y abierto avanzó el tercer mensajero, maravillándose de la longitud de su viaje; hasta que divisó el uniforme inconfundible de un húsar que desaparecía como una estrella blanca en la distancia; pero no mató al segundo jinete: mató al primero.

Por eso no llegó ningún mensaje a la ciudad polaca. Por eso el prisionero fué libertado. ¿Me equivocaba yo al decir que el Mariscal von Grock fracasó porque dos hombres lo sirvieron fielmente?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL SEÑOR MINISTRO

El Ministro del Interior es ya otra persona. Una ligera *gaffe* cometida en dudosas circunstancias tuvo la virtud de poner al revés la existencia del señor Ministro. Tanto, que es de rigor entre los personajes del gobierno, el cuerpo diplomático acreditado, la alta burocracia, decir, refiriéndose a la brillante carrera del señor Ministro: antes de la *gaffe* y después de la *gaffe* . . . Pero vayamos a los hechos.

No, vayamos antes al Ministro. Atildado, elegante, glacial, discreto, lógico. Señora y niños. Amigos poderosos; poderoso él mismo. Sobre todo, seguro; muy seguro de sí mismo. "No, nada puede suceder. Desde el lugar en que me encuentro hasta donde la vista alcanza hay tantos metros." Siempre seguro. Estas palabras para esto y están otras para aquello. . . No se puede negar que ante un hombre así es preciso inclinarse.

Una tarde, al filo de las cinco el Ministro sale de su casa. Es preciso destacar este hecho, en apariencia tan inocente, porque su salida, de su casa y a las cinco, nada tiene que ver, en nada se parece a las demás salidas que a esa hora y desde sus casas harán millones de personas. No, el ministro tiene su salida. La salida de la seguridad.

Pues, ¡cuán seguro me siento al narraros este cuento! el Ministro salió . . . Había consejo de Ministros esa tarde. La tarde espléndida. La ciudad con niñeras y carritos de helados. La vida espléndida. El *chauffeur* guía seguro, va así, tuerce allá, ahora se inclina un tanto, un bocinazo, el coche se detiene. El severo palacio de sesiones. Son las cinco y media.

La seguridad precede al Ministro. Adviértase que el Ministro camina sobre una alfombra de seguridad. No puede dar un paso en falso, ¡imposible! ni un traspiés ¡absurdo! ni caer en una celada ¡disparate! ni recibir una mala noticia ¡locura! Y camina. Y saluda. Y fuma deliciosamente. Y se acerca cada vez más seguro. Pasa vestíbulos, salas deja atrás, bulliciosas antecámaras aleja. Todo termi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

na en el suntuoso salón de sesiones. No, por qué suponer, por qué especular no, dentro de un instante la seguridad lo depositará allí —blando y enguantado—. ¡Sí!

Ya penetra, ya se introduce blando y enguantado, la puerta cierra. ¡Mi narración cuán segura! Deposita su cartera sobre una mesa, el sobretodo en una silla deja; pone una mano aquí, la otra allá. ¡Nada menos que las manos del señor Ministro! No hay que decir que automáticamente todo el lugar ha quedado alfombrado de seguridad. Y entonces el Ministro deja vagar la vista con elegancia en verdad conmovedora.

La mirada vaga, vaga . . . Una vaga mariposita. De pronto deja de vagar ¡oh, cómo mi narración es segura! La mirada se sorprende, el señor Ministro se sorprende. ¿Aquéllo que la mirada ha visto, no es, por ventura, la gran cocina del palacio de sesiones? ¿La carpeta no está acaso sobre una mesa de cortar carnes? ¿El sobretodo sobre un banquillo? ¿Y esta mano no aprieta, inconscientemente, pero aprieta, una papa, y esta otra, allá no desordena unos cubiertos?

El Ministro no se puede negar a la evidencia: está en la gran cocina. Por la cabeza le pasan mundos, abismos. La situación es harto crítica. Y no se puede retroceder, salir, volver sobre sus pasos, explicar. ¡No! ¡Siempre adelante! Más tarde vendrán las explicaciones, las lamentaciones, las bromas, los nuevos días. Pero ahora el señor Ministro está en la gran cocina, cogido en la cocina. Le siguen pasando mundos por la cabeza. Esta mano se mueve, se mueve la otra. Parece como si la seguridad se enseñorease nuevamente del señor Ministro. Que ahora se contempla con el mandil puesto; que se ve con el blanco gorro en la cabeza; que casca huevos y los bate con ímpetu sanísimo; que añade jamón; que papitas todavía olorosas a tierra; que cebollas, que apio, que harina de trigo, que sal. Todo ejecutado paso a paso; sin prisa, sin aturdimiento. La seguridad se refuerza. El acto de lanzar la tortilla en el aire es un triunfo de la serenidad sobre el terror. Ya una enorme fuente dorada la recibe. Ya el señor Ministro toma la fuente en sus manos. Ya sale por la puerta. La seguridad, como de costumbre, le precede. Y camina, y avanza, y un tufo delicioso se expande. ¡Mi cuento estalla de seguridad! El Ministro pasa vestíbulos, salas deja atrás, bulliciosas antecámaras aleja. Ya la calle se anuncia bañada en una luz agonizante. Por fin la majestuosa puerta del palacio. Unos pasos más y el señor Ministro la traspone. La charolada limusina aguarda; el *chauffeur* junto a la portezuela. El señor Ministro se deja caer blando y enguantado en el asiento. La limusina parte. La tarde espléndida. La

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciudad con niñeras y carritos de helados. La vida espléndida. El *chauffeur* guía seguro, va así, tuerce allá, ahora se inclina un tanto, un bocinazo, el coche se detiene. La casa del señor Ministro. Son las seis y media.

¡Dios mío, qué seguro me siento ante mis lectores! ¡Me embriaga la seguridad! El señor Ministro sale. El coche, la tarde, el *chauffeur,* el palacio, la puerta. Salas deja a su paso, antecámaras bulliciosas, vestíbulos colmados de palaciegos. Y avanza, y adelanta. Y siempre adelante. Y penetra. Y la mirada vagar deja. Y la mirada vaga, vaga... y la fuente deja sobre la mesa de cortar carnes. ¡Se estalla con tanta seguridad! Huevos, jamón, papitas, apio, sal, cebollas. ¡La seguridad asfixia a mis lectores! La tortilla en el aire. La fuente dorada. Vestíbulos, antecámaras, salas, la tarde agonizante, la puerta, la limusina, el *chauffeur,* los carritos de helados, las niñeras. ¡La seguridad explota como una granada de mano! Y yo no puedo impedir que el señor Ministro ya no pueda hacer otra cosa.

VIRGILIO PIÑERA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INVOCACION A LA PROFUNDA ADOLESCENCIA

Forastera en el tiempo, yo esperaba
tu signo de rosales y cuchillos,
con la mano tendida hacia una aldaba
y con el viento atado a mis tobillos.

(Para cubrir la desnudez del llanto
tuve un harapo de la sombra, apenas,
y me ataron a un mismo desencanto
cadenas y cadenas y cadenas.

Mi antaño con sabor a mediodía
—de tan profundo ya desconocido—
en segura pasión se resolvía
para inventar estrellas sin sentido.)

Llegué a tus aguas, a tu triste puerto,
a tu caudal, edad enamorada.
Para morir y renacer advierto
mi vida sin usar, mi voz prestada.

Ya me convocas para todo asombro
y de obstinado fuego me alimentas,
mientras tanto me pesan en el hombro
tus fierros, tus palomas, tus tormentas.

Ya me señalas, entre amor y guerra,
mi sombra entre las sombras de los seres,
y para darme el cielo de la tierra
sensible como el agua me requieres.

MARÍA ELENA WALSH

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CAYENA, GUAYANA FRANCESA

Esa costumbre de murmurar frente al espejo, ¿cuánto tiempo hacía que la tenía? Los espejos habían sido distintos, pero el monólogo siempre el mismo. En todos había tratado de sonreír como se lo aconsejara aquel famoso vidente en Vichy:

"Debe Vd. colocar el dedo pulgar en la punta de la nariz y el meñique en el espejo y, a esa distancia, debe mirarse fijamente entre los ojos, repitiéndose: *Hoy seré feliz, muy feliz. Hoy todo marchará perfectamente*".

Ella lo había hecho, sí. Aún con los ojos nublados por las lágrimas había tratado de sonreír. Se había mirado fijamente entre los dos ojos, hasta que éstos se fundían en uno solo, de cíclope, hasta que la cara perdía sus contornos y la sonrisa se transformaba en mueca.

Pero no había logrado convencerse de que todo marchaba bien. Por lo contrario, todo había marchado terriblemente mal. Y, además, si la vida consistía en engañarse día a día frente a un espejo, eso ya estaba muy por encima de sus fuerzas.

"No puedo más", dijo casi en voz alta.

Ya ni ánimo le quedaba para pasar un trapo sobre los muebles y quitarles el hollín. Cada vez que pasaba el tren, se llenaba el cuarto de humo. Era inútil cerrar la ventana, inútil perfumar los vestidos y sahumar de noche la almohada. Todo era inútil. El cuarto entero estaba impregnado de ese insoportable olor a ferrocarril.

No podía más. Hacía ya seis meses que estaba en ese rincón de la tierra olvidado por todos menos, desgraciadamente, por la Compañía Ferroviaria. En esos seis meses —más largos que toda su vida— había envejecido tanto que ya nadie la reconocería: "¿Cómo —dirían sus amistades— ésta es Nina Vallender? ¿Ésta es la mujer que lo abandonó todo por irse con aquel elegante secretario de la embajada italiana? ¿Ésta es la "blonde" que en París tenía tanto gusto para vestirse?"

Ésta era. Aquí había naufragado. En este espantoso pueblo que olía a humo y a pescado podrido, donde pululaban indios rotosos y sucios y vegetaban algunas familias. Aquí, en casa de su hermana mayor, con quien Nina no tuvo nunca punto alguno de contacto y que, además, vivía pendiente de su marido, un viejo autoritario que la espiaba por todos los rincones.

"O cierre la puerta o vístase", le había dicho ayer, acercándosele tanto que Nina debió dar un paso atrás.

¿Acaso ese viejo se permitía insultarla porque ella había llevado una vida distinta a la de todas esas momias, porque vivió en París y tuvo un amante? A veces sentía deseos de plantarse en pleno hall y gritar: "¡Amante! ..." con

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

todas sus fuerzas. Seguramente que la casa se derrumbaría y el pueblo entero desaparecería bajo el mar.

"La idea no es mala", se dijo Nina. Si el pueblo entero estuviera sumergido bajo el mar, quizás no pasaría más el tren por la calle principal.

* * *

Para qué poner fecha. Los días aquí son tan parecidos...

Acabo de encontrarle a este pueblo su verdadero nombre: Cayena, Guayana Francesa. Esta es mi prisión y me temo que a perpetuidad.

Hay en el puerto unos viejos barcos que se parecen a mí. Allí están esperando que alguien vuelva a ponerlos a flote. El viento, las lluvias, los años, se llevan de vez en cuando un mástil, un puente. Pero siempre queda algo mirando hacia el mar.

Yo también, como ellos, miro hacia el mar. Todas las tardes voy al puerto —¿qué otra cosa puedo hacer mientras Lucía va a la bendición y mi cuñado al club?—. En el muelle paso horas enteras esperando que algún barco me socorra. Mi gran sombrero, mi vestido claro, atraigan tal vez las miradas.

Pero nadie viene. El mar es siempre el mar, el sol se esconde en el mismo sitio, con nubes, sin nubes, pálido o rojo, luego bruscamente, hace frío como si el sol no quisiera dejar aquí nada de su calor, y yo me vuelvo a casa.

Nunca más saldré de aquí. Ya lo sé...

* * *

Nina Vallender abrió la puerta del comedor y se dirigió hacia la mesa. "Buenos... días", le dijo irónicamente Diego y agregó, mirando hacia la pared: "Naturalmente que en París no se va a misa".

"Me quedé dormida", dijo Nina. Sólo en ese pueblo la última misa del domingo era a las nueve cuando uno se había acostado tarde.

"Emborrachándose por la noche, es muy difícil, al día siguiente, cumplir con sus deberes", continuó Diego dirigiéndose siempre a la pared.

Lucía, —cobarde— bajaba los ojos. Nina comenzó a comer en silencio. Le ardía la cara y le ardía el estómago. Afuera todo ardía bajo un sol implacable.

Qué placer encontraba ese hombre en agusanarlo todo, aún una inocente diversión como la comida de la noche anterior en casa de aquel encantador matrimonio inglés. Los ingleses saben elegir el lugar riente y bonito. No parecía posible que, sólo a media hora de L., existiera ese oasis y que pudiera pasarse, sin transición, de la aridez sin esperanza a esos jardines encantados, llenos de flores. En la noche de luna, la montaña parecía allí menos pelada y hostil, el clima más suave, a gente menos tiesa.

Nina había vueto a sentirse mujer, con su traje de baile violeta, su abrigo de pieles y el porte que aún conservaba. Esa capa de zorros era lo único que le quedaba por vender, pero nunca la sacrificaría. Era su último baluarte, el último eslabón que la unía a la vida elegante, a falta de alhajas que se fueron todas.

Pero no había que recordar las alhajas. En cuanto al vestido violeta, tantas veces adaptado, transformado, todavía le sentaba. Esos géneros franceses son maravillosos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aun podía sentarle algo. Todo no estaba perdido. En esa reunión, los hombres la atendieron y hasta bailó algunas piezas. Olvidó por un momento la existencia de su cuñado, y del tren, y del humo, y del puerto cuando cae la tarde y de las horas que no pasan nunca.

Pero todo eso la aguardaba. Diego rodeado del humo, y del tren, y de las horas que nunca pasan, y del puerto con sus bolsas de cereales, y del fracaso de su vida. Todo eso unido, amalgamado, compacto, le decía ahora a la pared:

"Hay mujeres descaradas que bailan con mozos de la edad de sus hijos".

No aguantó más. Pretextó un agudo dolor de cabeza y subió a su cuarto.

"Deducirán, naturalmente, que son los efectos del whisky de anoche", pensó, "No me importa".

De algún modo, de cualquier modo, tenía que salir de allí. Sí, pero ¿adónde iría? ¿Cómo pagaría el viaje? Alec no podía recibirla en su casa. En todas las cartas se lo repetía:

"Mamá, tenga paciencia".

Nina no tenía paciencia. ¿Cómo iba a tenerla? Pobre Alec, tuvo poca suerte en su matrimonio. Su nuera la odiaba y la idea de enterrarla en ese pueblo, mientras Alec pagaba el resto de su cuenta en el hotel de B. y rescataba su baúl, provenía seguramente de ella.

Una máquina hacía maniobras a corta distancia de su ventana. Eso ya era demasiado. Después de una buena crisis de lágrimas, Nina bebió unos sorbos de lo primero que encontró a mano: agua colonia.

Se sentía mejor.

* * *

Ha llegado el invierno y con él los temporales y el viento sin tregua. Ya es casi imposible ir hasta el puerto. Sólo me queda, para pasear un poco, una plaza descuidada y lúgubre que parece pegada a la montaña. El resto del día lo paso en mi pieza, debajo del acolchado de mi cama, con una bolsa de agua caliente y el diccionario. No sé que hubiera hecho sin el Larousse. Durante todos estos años ha sido mi fiel compañero. Gracias a él he aprendido un sinnúmero de pequeñas cosas y un poco de historia.

Pero cuando baja la tarde, baja también la soledad por las paredes como una lluvia. Entonces es preciso buscar alguna compañía, cualquiera que sea.

En el hall, mientras Lucía va y viene ocupada en mil cosas, yo me instalo a tejer y hojear revistas. Todo es preferible a estar sola allá arriba.

* * *

Hoy Lucía, apiadándose de ella, le había propuesto dar un paseo:

"Te llevaría a visitar a nuestros amigos ingleses pero, en esta época, ya se han ido a la ciudad".

Naturalmente.

Diego consintió en sacar el coche del garage adonde había permanecido desde el día de la comida:

"Hay que saber cuidar las cosas –le dijo a Nina– y hacerlas durar. No

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

permito que nadie toque el Buick. Yo mismo lo lavo y le cambio el aceite. Pero de vez en cuando hay que sacarlo, no?"

El paseo consistió en esperar durante media hora en la puerta de la fábrica pues Diego debía consultar unos papeles. Luego, por barrios sórdidos y vías de ferrocarril, por paisajes de tanques de agua y galpones de zinc, llegaron a un camino que costeaba el mar al borde de un acantilado. El viento silbaba por la endija de una ventanilla y comenzó a llover.

"Será mejor volver" observó Diego y empezó a hacer maniobras en el estrecho camino. En ese momento Nina debió aferrarse al brazo del asiento para no abrir la portezuela y echar a correr hacia ese brusco teminar de la tierra, tentador para acabar allí también con todas las angustias, hacia ese acantilado que le ofrecía su solución infinitamente gris.

Regresaron despacio, entre cortinas de lluvia, callados, evitando los charcos.

Nina tenía delante suyo esa espalda descontenta, fastidiada y que reprochaba el paseo y esa agua que caía sobre el automóvil, que quizás pudiera entrar dentro del motor o estropear el cuero de los asientos, esa espalda que había agobiado una vida monótona dedicada a amasar una fortuna intocable.

"Es absolutamente ridículo salir a pasear con este tiempo" fué lo único que Diego dijo al llegar.

Nina supo que no saldrían más.

* * *

La despertó, por la mañana, una terrible discusión. Por encima del ruido de la tormenta y del viento que parecía dirigido todo contra su ventana, Nina escuchó la voz indignada de Diego:

"Te dejas robar por la sirvienta..."

Lucía contestó algo que no pudo oírse. Luego Diego gritó:

"Pero entonces, ¿quién?... quién?"

Haciendo un esfuerzo, Nina se levantó y escondió la botella dentro de la bolsa de tejido.

Anoche había encontrado esa botella de ron olvidada sobre un estante y se ha había traído a su pieza. Había bebido hasta que comenzó a darle vueltas el cuarto, hasta que la cama vino a su encuentro.

Aún ahora se sentía mareada. Pero era preciso vestirse.

Cuando bajó a almorzar, Diego le echó una mirada de costado:

"Vd. no vió..." comenzó, pero Lucía lo interrumpió y se lanzó en un interminable relato sobre algo que ella había perdido cierta vez y que luego encontró dentro de un jarrón. Ella y Nina se rieron mucho de ese cuento, demasiado, penosamente.

Diego se quedó callado. Durante el resto del almuerzo reinó un silencio hipertenso que continuó a la hora de la comida, tras el lapso de la oficina y el club. Era intolerable.

"No la devolveré", se dijo Nina, "No, no; es lo único que tengo..."

* * *

"No quiero comprar otra botella. Si entro aquí estoy perdida. No voy a entrar. Sin embargo podría tener una botella de ron en el ropero y beber cuando me sienta demasiado deprimida. Sólo un poquito."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Debió administrar mejor la que había encontrado en el office —sobre todo que ahora todo estaba, allí, herméticamente cerrado—. Pero esos días de encierro dentro de la casa, el grito angustioso y prolongado del tren en la tarde, cuando llega al recodo de la montaña, como si fuera a estrellarse cada vez contra ella, y ese no saber como hará uno para llegar al final del día, habían agotado su fuerza de voluntad.

"Pero no voy a comprar otra botella" repitió Nina mientras continuaba mirando el escaparate de un almacén. "Si me pongo a beber perderé todo sentido de dignidad y de coquetería... No la compraré".

Se disponía a seguir triunfante su camino cuando una vieja india que pasaba a su lado, le lanzó bruscamente a la cara, un puñado de bichos que sacó de su pecho, mientras magullaba insultos. Nina echó a correr como mejor pudo por las veredas desparejas, tropezó varias veces y, por fin, llorando de humillación y de asco, había llegado a su casa.

Se sentía invadida por los piojos, parecíale que hervían entre sus ropas, que subían por sus brazos. El baño de pies a cabeza no logró borrar la horrible impresión.

Nada podía borrarla. Nada la borraría jamás. Además se había torcido un tobillo. El médico de la familia estaba afuera y sólo vendría mañana. Hasta entonces Lucía le había recetado compresas de alcohol y completo reposo.

Le escribía a Alec:

"Cayena, Guayana Francesa. He aquí a tu madre..."

* * *

He aquí a tu madre... Al entrar en su cuarto, por la mañana, Lucía la había encontrado tendida en el piso, se alarmó, llamó a la sirvienta. Entre las dos consiguieron alzarla hasta su cama.

Debía haber pasado la noche en el suelo. Nina no sabía cómo fué a parar allí. Sólo recordaba que tomó unos tragos del alcohol de las compresas, porque la pastilla de veronal no le hizo efecto.

¡Qué mal se sentía! Casi no podía levantar la cabeza. ¡Ah! ese estar atada a la almohada y a la merced de Diego que se paseaba de la hamaca a la cómoda y que finalmente, se paró ante ella y le dijo severamente:

"En mi casa no tolero escándalos".

Fué allí donde Nina perdió el control, donde lo insultó, donde gritó:

"¡Su casa es una tumba, una tumba!.."

Fué allí donde él le dijo:

"¿Hasta cuándo piensa quedarse?"

Estaba congestionado y dió un portazo al salir del cuarto.

* * *

"No pienso quedarme más, Diego, no voy a quedarme más Lucía, ¡oh! hijo mío, no me quedaré. No temas. No seré ya un estorbo para nadie. Arrastrando mi tobillo aún dolorido, me dirigiré esta noche hacia el acantilado. Cuando la casa esté dormida, me vestiré con el tailleur negro, me pondré mi capa de pieles y la galerita gris y todo eso lo devolverá quizás el mar, envuelto en algas."

Dejaría la carta sobre la cómoda como en los folletines...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

* * *

A Diego se le había ocurrido morirse así, de golpe, mientras Lucía se estaba colocando la redecilla de pelo como todas las noches antes de acostarse. Era lo único que repetía, ahora, la pobre Lucía:

"Me estaba poniendo la redecilla y le daba la espalda, cuando, de repente, oí el ruido de un golpe..."

Durante toda la noche, Lucía contó la misma cosa:

"Oí como un ronquido detrás mío y un golpe. Algo pesado que cae... Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de mí..."

El viento se había calmado completamente. Reinaba un silencio absoluto que no presagiaba nada bueno.

Nina había tenido tiempo de quitarse el sombrero. Pero, en cambio, conservaba aún su tailleur negro. A través de sus lágrimas, Lucía la miró varias veces sorprendida. Pero nada preguntó.

Nina tampoco le dijo que Diego se había muerto para salvarle a ella la vida.

No le dijo que ella se disponía a salir de su cuarto, vestida con sus mejores galas para ir a morir al pie del acantilado, cuando oyó su llamado.

No le dijo nada. Cómo iba a decirle que, ahora, en ese velorio, en ese cuarto con olor a flores, con olor a lágrimas, adonde entraban y salían personas que Nina no había visto jamás, que habían surgido Dios sabe de dónde, cómo le diría que ella se sentía renacer, que sentía como un golpe de vida que subía desde sus pies, que tenía la sensación que han de experimentar los árboles, en primavera, cuando empieza a subir la savia.

Era un crimen sentirse vivir así mientras se está velando a un muerto.

Pobre Lucía. Estaba como anonadada. Cuando fueron quedándose solas, apoyó la cabeza contra el cajón y así permaneció extática. El silencio era aterrador.

Era preciso contener esos pensamientos.

"Mi galerita gris, sí. Al sacarla del ropero para ir a tirarme del acantilado, la encontré un poco pasada de moda. Los sombreros, ahora, son más voluminosos. Tal vez con una cinta ancha pueda disimular ese cuello que hace la copa."

Rechazar esos pensamientos. Esa mujer agotada e inmóvil junto al cajón era Lucía, era su hermana.

"Pobre Lucía. Es mi hermana, sí. Ella me sacará de aquí. Mañana llegará Alec también si puedo dar con él. Ambos me sacarán de este pueblo. Lucía es generosa. Ya lo sé. Lo que pasaba era que ese...".

No había que pensar nada malo de un muerto, no.

"No puedo irme en seguida, claro está. Pero después..., después... Debo hacerme platinar el cabello otra vez... Mi tailleur negro está bien... Quizás pueda arreglarlo yo todo con Alec, dentro de unos días."

Lucía se movió un poco en su silla. Era preciso atenderla. Ahora que el porvenir estaba envuelto en valijas, en boletos, en compartimientos de ferrocarril, en hoteles, en cuartos de hotel, en recepciones de embajadas, en sombreros nuevos. Ahora, podía empaquetarse ese porvenir y guardarlo para después, para abrirlo luego con un placer anticipado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora, ya que estaba ese paquete envuelto en un papel alegre, en un papel de Navidad y que era casi imposible que se escapara, ahora podía uno dedicarse a ese dolor, a esa noche horriblemente silenciosa, a ese muerto.

"¿Has conseguido la comunicación con Alec?" dijo Lucía saliendo como de un letargo.

"Trataré otra vez" contestó Nina y se dirigió hacia el teléfono.

"Lamento" le dijo la operadora. "Las líneas están interrumpidas".

"¿Ocurre algo?"

"No lo sé" contestó la operadora. Nunca sabían nada esas telefonistas. Nina subió a su cuarto para arreglarse un poco. Una vez allí bebió unos sorbos de agua colonia.

"Lo peor es que me he acostumbrado" se dijo. ¡Bah! eso no podía hacerle daño. ¡Y era tan necesario! ¿Un poco más? No; había que volver junto a Lucía. No dejarla sola.

* * *

A la madrugada comenzaron a relinchar los caballos. Uno y después el otro. Relinchaban con insistencia, con miedo.

Nina sabía lo que eso significaba. Los caballos son los primeros en presentir el temblor.

A las seis se sintió la primera sacudida. Fué sólo como si alguien tratara de forcejear los picaportes. El cajón se estremeció.

"Ve a abrir la puerta" dijo simplemente Lucía acostumbrada por largos años a los temblores. "La de la calle también, por si acaso".

Nina corrió. Las puertas no se habían atrancado.

En la calle ya había gente.

"¿Es más fuerte que otras veces?" preguntó Nina.

"Sí, dicen que se viene el mar. Que hay que refugiarse en las colinas."

"Dicen que hay pueblos vecinos absolutamente barridos por el mar. Que olas de 30 metros se vuelcan sobre las casas..."

"Dicen que aquí, en el puerto, el mar se ha retirado dejando abismos al descubierto, que..."

Nina no escuchó más. Era preciso salir de allí.

"Lucía" gritó entrando en el cuarto, "Lucía, es un maremoto, una horrible catástrofe y se acerca, se acerca..."

El suelo tembló otra vez.

"Hay que refugiarse en las colinas, Lucía, ahora, ya..."

"¿Y Diego?" dijo Lucía.

Nina se había olvidado del muerto.

"No podemos dejarlo" continuó Lucía.

La sirvienta lloraba.

"Señora, hay que escapar inmediatamente."

"Yo no puedo abandonar a Diego" Pobre Lucía, jamás había tenido carácter hasta ese momento.

"¡Es un suicidio!" gritó Nina. "¡Yo me voy!.."

Otra sacudida. El cajón crujía espantosamente. Se oía allá lejos el horrible ruido de las olas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nina corrió a su cuarto. Era preciso salvar sus vestidos, su capa de pieles. Subir . . . La escalera no era una escalera sino una hamaca. Se balanceaba horrorosamente de lado a lado. No importa. Subir, entrar al cuarto, abrir el ropero. La puerta estaba atrancada. El ropero se inclinaba peligrosamente hacia adelante.

Un momento de calma. El ropero se abrió. Rápido sacar los vestidos. "¿Cuál, cuál elijo?"

Meter los sombreros dentro de una caja. Rápido, antes de que empiece de nuevo.

Rápido. La escalera había vuelto a temblar horriblemente. Prenderse del pasamano. ¿Para qué? . . El pasamano bailaba, por su lado una horrible danza.

Bueno; había llegado abajo. Ya los muebles caían causando gran estrépito.

"Lucía, ¿qué has decidido?"

"Yo me quedaré aquí. Anda tú".

Lucía, es una locura. Es . . ."

"No temas. La casa es sólida. Está construída sobre roca y ha soportado otros temblores."

"¡Pero esto es una catástrofe!"

Estaban paradas las tres debajo del dintel de la puerta.

"Espera . . . No te muevas aún . . . Ahora, vayan, corran" y Lucía las empujó hacia la calle.

La gente huía despavorida.

"¡Se vienen las olas!" gritaban.

Nina corrió; sus tacos se torcían, varias veces se cayó. Pero corrió con su caja de sombrero y sus pieles. Era preciso salvar ese paquete de porvenir envuelto en un papel de Navidad y que aguardaba el momento propicio para ser abierto. . .

Una rodilla le sangraba. No importa. Correr. El mar parecía acercarse cada vez más, el estrépito estaba ya casi encima. Cuánto faltaba aún . . . Se había extraviado. ¿Por qué estaba sola? Se había equivocado de camino. ¿Adónde estaban los demás? ¿Adónde estaba la sirvienta que huía junto a ella? Todo temblaba, se oían estruendos que venían del pueblo. Ella había corrido del mal lado. Cómo siempre había elegido el mal lado . . .

El mar. El mar.

ADELA GRONDONA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PHARES

Perdido entre sus pasos de suplicante,
con la dolorosa seguridad de quien se afirma
en lo más tierno del engaño:
—en el amor y sus falaces joyas—
el hombre quiso arrebatar a la fuga del tiempo
el cuerpo gozado y estremecedor y único de su amada.
Pidió entonces a la Muerte por el dibujo del rostro
cuyo sortilegio no comprendió jamás
y que le había prodigado bondad y vida
tan misteriosamente,
y por el cuerpo cuya elocuencia le había dominado para siempre,
para siempre!

"Ese es mi reino de fuegos y delicias.
¿Cómo y con viento venturoso,
avivar sus llamas secretas, su férvida realidad?" ... ...

Y dijo al fin con santo impulso:

"Quiero mi placer perdurable.
Yo no añoro la vana dicha del hombre
que contempla con inocente corazón
la sutil ciencia de la materia
buscando en los niños el rostro de las madres;
no voy a dejar mi herencia de absurdo y de mentira,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

busco mi existir, mi persistir en el amor, en el placer
[y en los deseos...
Yo,
llevando mi vida como cuando era niño
y jugaba a llevar el sol
en el agua que con las dos manos juntas recogía!
Yo imploro mi parte de futuro...”

Él, entregado a su rogar, estaba ardiendo en las palabras, cuando Alguien murmuró a su lado, con voz de sonriente antigüedad:

“Podrás vivir mil años, mas Yo existo.
Por eso,
ya estás muerto.”

JORGE CALVETTI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SENTIMIENTO Y EXPERIENCIA

El hombre puede conocer el mundo o reconstruirlo; lo primero es privativo de la razón, lo segundo de la imaginación. La razón dibuja; la imaginación colorea. Para entender el mundo, el hombre debe analizarlo, separarlo, definirlo; es decir, debe llegar con ello a la noción; en tanto que su espíritu poético busca la imaginación. Cuando se le pregunta a un niño qué es el cielo, éste señalando hacia arriba desde una ventana responde: Eso es el cielo. Dicho de otra manera, el alma humana pesca del mundo una noción o una emoción. Esta noción y esta emoción nos permiten sentir y conocer el mundo. Pero, el hombre es una mitad de sí mismo; la otra mitad es su expresión. Cuando el hombre conoce o siente trata de dar forma a ese sentimiento o a ese conocimiento. Y como la sabiduría y la poesía son anteriores al sabio y al poeta, cúmpleme decir de antemano que poesía es aquello hacia lo cual tiende el poeta; en tanto que sabiduría es aquello hacia lo cual tiende el sabio. Estamos, pues, en que ante el mundo somos un conocimiento o un sentimiento. De este modo nace en nosotros el amor o la comprensión, dos caminos por los cuales podemos llegar a la posesión, sino del mundo, por lo menos, de nuestro mundo; porque ya lo dijo Goethe con esa su serena claridad de un Bach que pensara: "Sólo conocemos lo que amamos y sólo poseemos lo que comprendemos". Y aquí se presenta el primer drama de las relaciones del hombre con el mundo, sensible drama que Ranke sintetizó en su frase famosa: "Me gustaría disolver mi yo y ver las cosas como han sido". "El alma que entra allí debe ir desnuda", nos dice Darío. Todo debe ser nuevo como en el primer día del mundo y nuestros ojos no deben estar viciados con el recuerdo de visiones antiguas. Hay momentos en que nos arriesgamos a pensar que las cosas posan para nosotros o, por lo menos, que son como esos cuadros impresionistas en que no hay dibujo, en que todo está hecho a base de pinceladas y que todo se organiza en nuestra retina y no en el cuadro. Pero, nosotros buscamos el dibujo del mundo y para ello no debemos mirarlo a través de vitrales polícromos. El sabio y el poeta deben ser almas vírgenes y sensibles capaces de descubrir el lenguaje del mundo.

El trabajo de la inteligencia está en nombrar, en llamar las cosas con un nombre. Es tan avasalladora esta tarea que el hombre se engaña creyendo que sabe por que nombra. Y tanto es así que toda una vasta rama de las ciencias médicas se dedica a nombrar, a diagnosticar, a encontrarle un nombre a un mal. Diagnosis significa conocer; conocer es nombrar. Pero, hay una ancha diferencia entre expresar una idea o pintar una imagen. A la primera hay que dibujarla, a la segunda colorearla. No es lo mismo dibujar la idea de silla que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la idea de angustia. El mundo material existe en forma tal que su nomenclatura no es más que su resonancia; siempre habría una palabra para denominar una cosa que se llama silla. Sin embargo, supongamos momentáneamente que la humanidad se olvidara de la palabra amor. Los sentimientos, ¿qué duda cabe? existen con anterioridad a la palabra que los denomina. Pero, el hombre, en punto al mundo abstracto y sentimental, ha inventado primero las palabras y después se ha puesto a discutir acerca de lo que ellas quieren significar. En este debate ya comienzan a intervenir los poetas junto a los filósofos y los sabios. Y es acá donde se inicia la actitud creadora del espíritu humano; el lenguaje deja de ser dibujo para hacerse color, al convertirse de idea en imagen, de noción en emoción.

Tenemos necesidad a esta altura de nuestra digresión, de capturar el sentido y la acepción de la palabra poesía. Para entendernos mejor, vayamos de lo concreto a lo abstracto. En griego "poiein" quiere decir hacer, o mejor, crear. Es así que en fisiología se llaman órganos hematopoiéticos a los que hacen sangre, a los que crean glóbulos rojos. De tal modo que poesía es creación y creadores no sólo son los que escriben versos sino también los que son capaces de hacer un mundo con los desperdicios del mundo, como Arlequin que hizo su traje famoso con los retazos que les sobraron a sus amigos de la confección de los suyos. Porque la poesía está hecha con las pequeñas cosas de todos los días, de esas pequeñas cosas de todos los días que sin embargo constituyen la vida del mundo y que desdeña el Shylock de la vulgaridad: el languidecer de la rosa, aquel árbol pensativo, el bronce angélico del alba, la tarde con sandalias de silencio y las alternativas de las despedidas que florecen en la mano abierta. Y después de ello, los grandes temas, como arcos triunfales por donde pasan los poetas temerosos que tienen poca confianza en sí mismos: la libertad, la verdad, la madre, la ciencia. Además hay que saber escuchar lo que de ninguna manera se puede oír: el silencio de la piedra, la paciencia de la luna y los horizontes en que florecen y se disimulan los cansancios de la esfera. A todo esto no es posible nombrarlo; hay que imaginarlo. No es posible dibujar un ángel invisible. Eso es la poesía: un ángel poderoso e invisible que está siempre perdonando. Por eso, la poesía es creación, es el lenguaje del mundo. Mas este lenguaje no es toda la poesía, es decir, toda la que existe palpitante en el alma del mundo y en el alma del hombre.

El significado de la palabra acompaña graciosamente y de un modo misterioso a la poesía. La palabra debe llegar ductilmente; dar un paso de danza y retirarse, no sin antes haber dejado el espíritu flotando como una gasa invisible. La lección viene de Mallarmé de quien Debussy escuchó el precepto para "L' Apres midi d' un faune". Poner junto al alejandrino con toda su majestad, una especie de ligero tecleo poético al igual que un acompañamiento musical hecho por el poeta mismo y que sólo permitía al verso oficial mostrarse en determinadas ocasiones." La expresión poética —es decir de la creación— está constituída o se desarrolla mediante tres etapas: la emoción, la expresión y la gracia. Viendo bien, la gracia no es otra cosa que economía de esfuerzos. Se produce una lucha entre la emoción y la expresión, una especie de combate resplandeciente entre el ángel y el demonio. El que es poeta sale airoso de esa lucha; de allí surge el poema que parece algo delicado que se hubiese salvado milagrosamente del inminente naufragio de los términos. He-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mos regresado a la vigilia coleando en nuestras manos el pez de los sueños que busca anheloso el mar perdido. Por que los sueños --la imagen vaga de una realidad sin arquitectura– han sido y son los primeros poetas de que se tengan noticias. Porque sueños y recuerdos constituyen la esencia de la poesía. Acodado en el muro inconmovible del fuerte de la Peñíscola, en donde el Papa Luna vivió el final de su existencia indomable, miraba yo hacia el Mediterráneo que me ofrecía ese color que parece la sangre del mundo. La paciencia, personificada en un pescador, extendía su red sobre la sal y el aceite del mar de las discordias humanas. El viejo mar soñaba y los peces voladores saltaban como recuerdos por encima suyo. Y pensé con Machado que es la vida una ilusión marina de un pescador que un día ya no puede pescar. Todo es sueño; en cuanto más arriesgada fué una realidad, más sueño nos parece en el recuerdo. No vale la pena de ponernos a imaginar porque ya las palabras se habrán gastado para cuando suceda algo. Es necesario que la experiencia nos entre por el pecho –como a Cervantes y a Shakespeare–, para después ponerse a escribir para siempre. Porque bien pudiera ser que la poesía no fuera más que sueños de recuerdos. No debemos llegar a las palabras sino cuando no nos queda otro remedio. El último cuento de Scheharazada es el que más vale porque éste ha vencido al tiempo, que es la espada con que se degüellan los sueños. Este viejo mar –me decía– piensa y sueña; él conoce la historia del mundo; el viento africano lo acaricia; los altos pinares saben sus melodías; los añosos olivos le deben su savia poderosa. Todo es un sueño, parece decirnos; sólo yo sé la verdad. Y ese es el poeta. Un viejo pescador ha llegado a la costa; su barca brilla con todo el tesoro quitado al agua; plata y oro en la luz refulgente. La tarde es una muchacha de oro que se disuelve en una languidez color naranja. Una estrella apresurada tiembla a lo lejos. El silencio es un sueño de música. Yo quisiera escucharte siempre, oh viejo mar rencoroso, en donde la vida del mundo ha soñado por primera vez. Y la canción del pescador nos dice: "El mañana es el sueño que esperamos". El día resucita sobre el aceite azul del Mediterráneo. Un pescador canta mientras remienda su red. Las velas multicolores respiran e inflan el socaire allá lejos. La luz es un grito victorioso que llena el mundo, una espada colgada sobre el hilo del cielo. Es así que comprendemos que la humanidad es un mar de sueños que no teme a la noche, que se agazapa al amparo de las estrellas esperando el día.

El poeta necesita, así, de la experiencia del mar, del sentimiento de la paloma, la delicadeza del arpa, la reciedumbre de bosque y de la sabiduría del buho que ve en la oscuridad. Por que se llega a la poesía por la accidentada vía de la experiencia, por el diverso camino de la sensibilidad o por la clara avenida del conocimiento.

PABLO ROJAS PAZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL DESCONOCIDO

"Hace doce años vi su rostro en un ensueño y desde entonces me ha perseguido siempre".

SHERIDAN LE FANU

En el oasis de Ab-Haden encontré a un hombre pequeño e inquieto, de pie junto a su caballo muerto. Yo sofrené el mío y desmonté de un salto. Entonces dió algunos pasos vacilantes e intentó hablar, pero se le doblaron las rodillas y se desplomó sin sentido a mis pies.

Tenía el brazo izquierdo fracturado un poco más abajo del codo y una herida de feo aspecto en un costado de la cabeza. Até las riendas de Casbach a una palmera próxima y levantando en mis brazos al desconocido me interné entre los árboles. Conocía muy bien el lugar y marché con seguridad hacia el agua.

Poco después, con la cabeza apoyada en la montura que quité a su caballo, el hombre reposaba. Le lavé la herida con elixir y después le vendé la cabeza; entonces, con mi puñal corté la manga de su casaca y con mucho cuidado palpé los huesos rotos. A continuación construí un ingenioso dispositivo y le entablillé el brazo vendándolo a continuación con mi faja.

El sol estaba en el ocaso y la temperatura descendía con rapidez. Nos amenzaba una fría noche en el desierto. Fuí en busca de mi caballo y lo aproximé al agua para que bebiera, haciéndolo yo mismo poco después, luego de lo cual até a Casbach a unos arbustos, lo cubrí con una manta y me aproximé al desconocido.

A la luz de la tarde lo observé atentamente mientras dormía con el sueño profundo que da la fatiga de muchos días de marcha casi ininterrumpida. Era un hombre joven, delgado pero fuerte. El bigote fino y la barbilla breve comunicaban a sus facciones un matiz de fuerza y de voluntad. Debió haber pasado interminables horas marchando bajo los endemoniados rayos del sol porque la piel de sus manos y rostro estaba reseca y oscurecida contrastando con la del segmento del brazo que se alcanzaba a ver a través de la rasgadura de la manga. Vestía rico traje e iba armado con una carabina y un puñal de fina empuñadura. Acerqué mi cantimplora a sus labios y deslicé algunas gotas de licor en la boca. Sin despertar, bebió con avidez y después siguió reposando.

Medí la altura del sol. En pocos minutos nos envolvería la noche por lo que recorrí los alrededores retornando a los pocos instantes con gran cantidad de ramas secas con las que encendí una hermosa hoguera. Entonces me senté a descansar y pronto me quedé dormido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Desperté inquieto en mitad de la noche. El fuego se consumía lentamente aunque algunas llamas se elevaban aún alegres y juguetonas. Me incorporé y vi a mi compañero que, sentado sobre la montura de su caballo, me observaba. Hice la señal de Alá.

—Me complace encontrarle tan animado —le dije sonriendo—. Debió usted sufrir una seria caída esta tarde.

Rió mostrando dos hileras de dientes muy blancos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Le agradezco lo que ha hecho por mí, caballero —respondió con voz algo ronca—. Pude haberme matado pero por lo que veo todo se redujo a un brazo roto y a una herida en la cabeza.

Yo asentí.

—En veinte días su brazo estará bien.

Guardó silencio y me escrutó el rostro. Sus ojos de bronce tenían una fijeza desagradable. Encendí un cigarrillo y le ofrecí fumar, cosa que aceptó con alegría. Le di fuego con un tizón encendido y fumamos en silencio durante un rato. La noche era fría y daba gusto estar junto a la hoguera. Fuí en busca de más leña, la agregué al fuego y volví a sentarme.

—¿Le duele a usted el brazo? —pregunté.

—El dolor es muy tenue y yo lo acepto con alegría porque me recuerda a cada instante que aun vivo —respondió.

Noté un tono de profunda preocupación en su voz, y le dije:

—Está usted inquieto, caballero. ¿Es que le amenaza algún peligro?

Se ensombreció su rostro y dirigió la vista hacia la hoguera.

—He reventado el caballo huyendo de Elvin Hiler, el renegado —contestó—. Juró por Alá exterminar a toda mi familia. Yo soy el único sobreviviente y, aunque no le conozco, sé con certeza que desde hace seis días me persigue.

Se había levantado una delicada brisa que arrebataba el humo de los cigarrillos, lo hacía remolinear un instante y se lo llevaba. Sólo se oía el choque de los cascos de mi caballo sobre la arena y el crepitar del fuego.

—Mi nombre es Abdula-Kan —dijo—. ¿Cuál es el suyo, caballero?

—Puede usted llamarse Steel.

Las ramas de las palmeras comenzaron a agitarse y a murmurar.

—La noche está avanzada —comenté—; sería conveniente que procure usted dormir algunas horas.

Tiró la colilla del cigarrillo, sonrió y apoyando la cabeza sobre su improvisada almohada se arrebujó en su manta. Pronto estuvo profundamente dormido.

Las sombras danzaban sobre su rostro pálido y flaco. Permanecí mucho tiempo sentado en cuclillas junto al fuego. Recordaba sus palabras y pensaba que cuando el odio enciende el corazón de un hombre, lo enardece y lo transforma en una fuerza incontrolable y terrible que todo lo arrastra...

Con los primeros rayos del sol, Abdula despertó, muy mejorado.

—¿Qué piensa hacer usted? —le pregunté.

Sonrió con amargura.

—Alá ha cortado mis alas —respondió—. ¿Qué puedo hacer con un brazo roto y sin cabalgadura?

Medité un largo rato.

—A usted le amenaza un peligro y no puede defenderse —dije por último—. Yo no tengo rumbo fijo y el tiempo nada significa para mí. Si es de su agrado le ofrezco a usted mi compañía hasta que pueda valerse por sus propios medios. Iremos en mi caballo a Cabir y allí conseguiremos cabalgadura con facilidad. ¿Hacia dónde pensaba usted dirigirse?

Se encogió de hombros.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Menos una, cualquier dirección es buena para el que huye. Yo preferiría alejarme hacia el Este.

Durante veintidós días marchamos en esa dirección. Un atardecer llegamos a las proximidades de Fuejhan. Estábamos ya en tierras más fértiles y a tres millas de la muralla, sobre una loma rocosa salpicada de bosquecillos, detuvimos las cabalgaduras pensando penetrar en la ciudad después de caída la noche.

Hacía dos días que mi compañero se había despojado del vendaje del brazo, el cual había quedado en excelentes condiciones. De ello se jactaba Abdula-Kan.

—Tengo tanta fuerza y agilidad como antes —me había dicho la noche anterior.

Comenzó a soplar un viento frío por lo que juntamos algunas leñas y encendimos una alegre hoguera bajo los árboles. Yo me recosté sobre un enorme tronco seco y me quedé contemplando las llamas. Abdula paseaba impaciente, la mano derecha apoyada en la empuñadura de su hermoso puñal.

—Estoy ya cansado de esta extraña huída —dijo de pronto, deteniéndose—. Juro por Alá que esta ridícula carrera ha terminado. El día que encuentre a Elvin Hiler mi brazo sabrá defender a mi pecho.

Yo sonreí, desenvainé mi puñal y avancé algunos pasos. Debió descubrir algo en mi rostro porque retrocedió preguntando.

—Me intriga su mirada... ¿Qué piensa usted?

—Que Alá es justo —respondí—. Yo soy Elvin Hiler.

RODOLFO D. FALCIONI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BOSQUEJO LITERARIO DE PARIS

La dulce primavera de París alegra a los espíritus que se acercan a la belleza nunca desmentida de parques y monumentos. Un viento de poesía recorre la ciudad; la frase del poeta: "les parfums, les couleurs et les sons se repondent..." podría aplicarse a cada minuto. Increíble, la forma de un paraguas, se debe al detalle de un cuadro, a la cascada del Bois, al tono rojo fuerte de las fresas que han invadido mercados y restaurants, al perfume sutil del *muguet porte-bonheur,* que ha instalado sus blancas campanillas en los campos de los alrededores.

En franca competencia con los cuadros propuestos por la naturaleza, las exposiciones presentan conjuntos hasta ahora no reunidos. El *Jeu de Paume,* que las circunstancias han convertido un anexo del museo del Loùvre, nos ofrece el persistente encanto de los impresionistas. En las amplias salas se siguen los nombres de aquellos que revolucionaron la técnica de la pintura: Manet, Degas, Renoir, Cezanne, Van Gogh, Gauguin... Vivimos bajo el signo del color; en el museo de l'Orangerie, los primitivos flamencos nos devuelven el sentido de la tradición, en galerías de menor importancia vemos exposiciones dedicadas a Berthe, a Morisot, a Maillol, a Braque.

En los salones literarios se ha introducido una nota triste; la muerte del gran escritor Charles Ferdinand Ramuz. Sin embargo, los temas sorprendentes no faltan. El secreto del hombre invisible, tantas veces imaginado por los escritores, ha sido convertido en realidad por Edouard Marcel Sandoz, el conocido escultor y pintor suizo. Hemos visto fotografías velando paulatinamente el cuerpo del sujeto hasta introducirlo en la nada. La televisión es también, al fin, un hecho concreto, utilizándose por primera vez en Francia para hacer reportajes. En el mundo de las letras la actividad es grande; libros y piezas de teatro se discuten más que nunca. La compañía de Jean Doat, *Feux Tournants,* se prepara a representar la pieza monumental de Paul Claudel, *Christophe Colomb.* Esta obra exigirá la solución de problemas técnicos hasta ahora no propuestos; la unión del cine al juego teatral y la realización de coros polifónicos sobre dos textos simultáneos. Los estudiantes se proponen darnos, en su rigor original, las obras maestras de los Trágicos griegos. En los ensayos hemos visto a Agamenón probándose su pesada máscara con todo el heroísmo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que exige la temperatura más que tibia, mientras Casandra sigue vaticinando...

Los existencialistas (¿se podría acaso no hablar de ellos?) nos prometen nuevas sorpresas. La mayor es la que nos anuncia su maestro, Jean Paul Sartre, al asegurarnos que prepara obras que no serán existencialistas. (¿Asistiremos al nacimiento del inexistencialismo?).

Entre personajes furiosamente discutidos se encuentra naturalmente, como siempre, Pablo Picasso. *Hebdo Latin,* el diario de los estudiantes, siempre intransigentes, llevados desde hace algún tiempo por una ola de moderación, encabezan la primera página de su diario con esta pregunta inquietante: ¿Es Picasso un peligro para la inteligencia francesa? El debate se abre; por y contra revelan similitudes que nos sumen en largas reflexiones.

Entre las novedades de librería figuran muchas reposiciones de libros agotados o de obras que diversas circunstancias habían dejado inéditas hasta ahora. Entre estas últimas se encuentra un volumen de cartas de Proust que Lucien Daudet acaba de reunir. *Lettres à Mme. C.* La legión de admiradores de Proust han recibido con fervor estas cartas que reflejan una insistencia que debió poner a dura prueba la paciencia de Mme. C.

La casa Calman Lèvy, comienza una empresa esperada desde hace tiempo; una nueva edición de las obras completas de Renan que integrarán dos volúmenes de mil páginas. Últimamente, la *Filosofía de la historia contemporánea* ha adquirido asombrosa actualidad. Los diálogos, discursos y conferencias nos devolverán riquezas olvidadas. Volveremos a leer el maravilloso discurso para la recepción de Pasteur en la Academia, encontraremos un momento emocionante y lejano en las palabras dedicadas a la distribución de premios de Louis le Grand, en aquel año en que el filósofo de la ciencia y de la fé posaba una frágil corona de laureles de cartón sobre la cabeza del niño Paul Claudel.

Entre las novelas se pueden señalar: "Tant que la terre durera", grueso volumen de Henri Tryat, y "La corde raide". Primera novela de André Gillois. En obras de otro carácter se encuentra una nueva serie de volúmenes editados por *La Jeune Parque,* bajo el título general de "Conseils". André Maurois ha remitido ya su manuscrito para el primer libro: *Conseils à un jeune homme partant pour les Etats Unidos.* El segundo volumen firmado por León Noel, dará sus consejos: *"A un jeune homme qui veut devenir diplomate".*

Sin embargo, ávida de arrancar secretas revelaciones, me dirigí en estas últimas tardes a la morada de algunos escritores, para preguntarles su opinión sobre los países de nuestro continente, cuya exacta posición geográfica sigue siendo un problema sin solución para todo francés que se respeta.

Conocí a André Maurois en una comida. No sé qué suerte me deparó la amable sorpresa de tenerlo por vecino de mesa. Maurois parte dentro de algunas semanas para efectuar una serie de conferencias en Río, Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. Al saber que yo pertenecía a uno de esos países y que conocía los demás, me hizo toda clase de preguntas. Quería saber si me interesarían conferencias sobre el amor; yo le dije que en general prefería cualquier otra cosa, pero que naturalmente no debía tomarme como ejemplo y que estaba segura de que ese tema llegaría a todos los públicos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Volví a verlo varias veces en su hermoso apartamento de Nouilly, rodeado de muebles antiguos y vigilado por impresionantes estanterías de libros. Sin embargo, me asegura que estos son solamente los volúmenes adquiridos después de la guerra, pues los alemanes le robaron su biblioteca. Por la ventana se asoman las verdes cúpulas de los árboles. Todo es paz y silencio. Maurois me cuenta la extraña historia de su vida que nada parecía destinar a las letras, pues debía suceder a su padre al frente de la importante fábrica que éste poseía. Pero, allá por los veinte años, escribe su primer libro: "Les silences du colonnel Bramble" que obtiene inmediatamente un éxito sin precedentes. Es entonces invitado por Lyautey —"el hombre que transformó mi vida"—, y éste lo recibe en Marruecos con el esplendor que merecen los elegidos de los dioses. Desde entonces, sin ningún esfuerzo, se encuentra Maurois al frente de los mayores escritores de su tiempo.

Sobre el macizo escritorio se acumulan los manuscritos de la próxima novela. Pero a fin de mes partirá para su casa de campo, para descansar antes de emprender vuelo a través del Atlántico para llevar su palabra serena y exacta a nuestros lejanos países.

Ese mismo día fuí a ver a Claude Farrère. En el tranquilo "square" Henry Pathó se encuentra una modesta casa de apartamentos. En el quinto piso vive el autor de *La batalla*. Una fiel criada consiente en anunciarme al maestro después de mil complicadas explicaciones. Encontré a Farrère sentado ante su mesa de trabajo en un cuarto pequeño. Me recibió con alegría, mostrándome los papeles que cubrían su escritorio me dijo:

—Estoy corrigiendo las pruebas de mi próxima novela. A propósito, ¿sabe usted cómo se escribe *largo apassionato*?

Comprendí el motivo de su pregunta al mirar las hojas cubiertas de correcciones. Cada capítulo tiene un subtítulo, un tiempo musical que expresa el clima de las páginas.

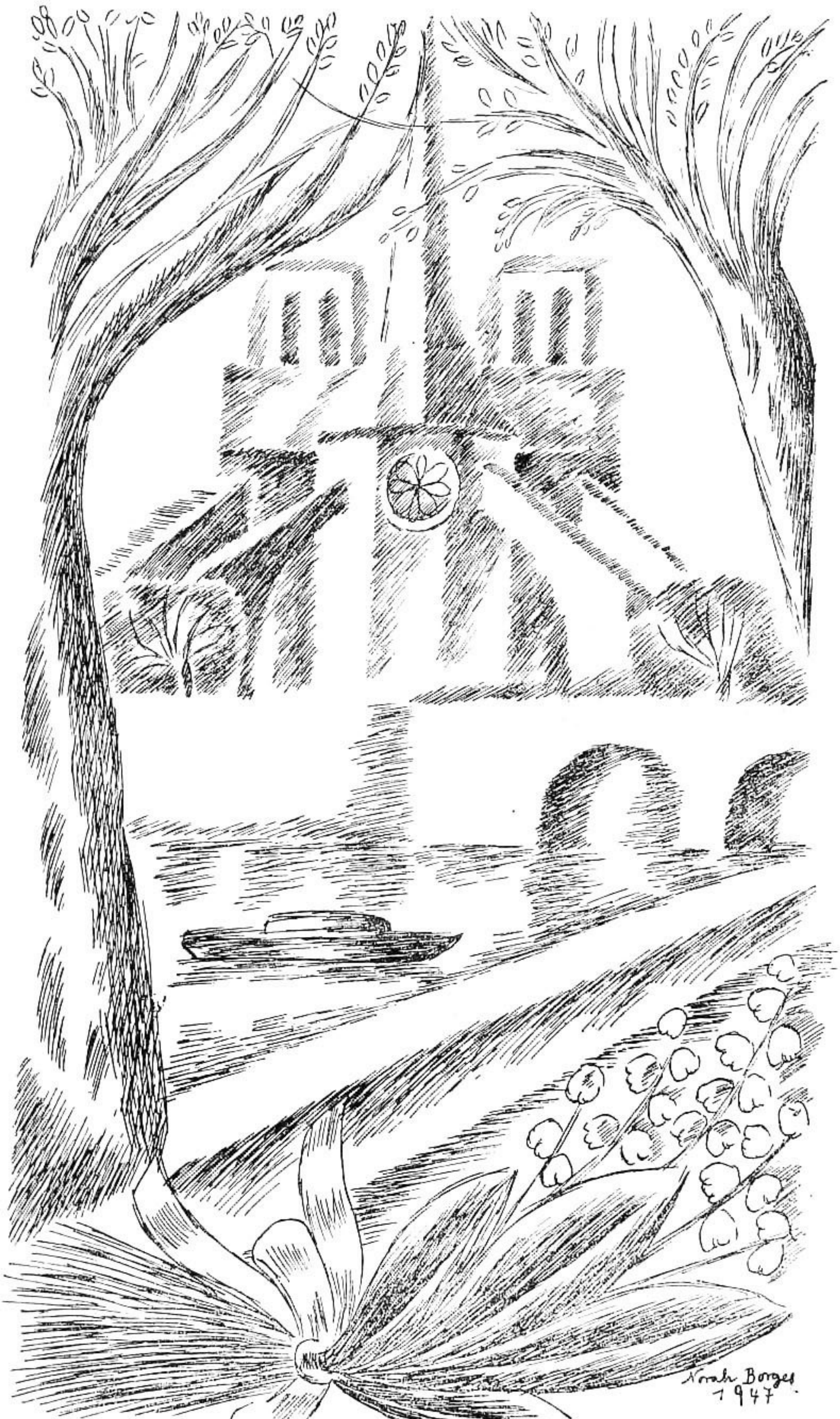
El maestro distribuye ahora apresuradamente varios gruesos volúmenes sobre las correcciones para evitar todo desorden irreparable y me hace los honores de la casa. Aquí vive Farrère desde hace diecisiete años, sin embargo ahora tiene dificultades con su propietario que pretende entrar en posesión de su apartamento para vender todo el inmueble. Admiro las acuarelas de su gran amigo Pierre Loti, el brazo de biblioteca del corredor, un monumental oso blanco.

El atardecer es deliciosamente tibio. Decidimos ir a comer al "Chez Pierre", el restaurante literario de la Place Gaillon. Claude Ferrère aprecia como nadie el buen vino y la buena mesa.

Estamos de excelente humor, conversamos largamente, atravesando épocas, acontecimientos, recuerdos inagotables. Con dones naturales de actor, poco comunes, recita el maestro largas partes de "Ruy Blas" y poemas de Víctor Hugo y de Musset.

Antes de separarnos le prometo hacerme tatuar en la frente una corona de pequeñas perlas, lo que es indispensable para identificarme con cierta heroína que pintó Loti en la isla de Pascuas. Claude Farrère me asegura en cambio, que hará un viaje a Sud América para probar "la mejor carne del mundo".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El último acontecimiento literario de la estación será sin duda alguna la recepción de Edouard Herriot en la Academia Francesa, anunciada para el 26 de junio. Después, todo intelectual decidirá como cualquier otro ciudadano de París, que la ciudad está "positivamente intolerable", y se dirigirá al lago, al campo, a la montaña, aprovechando naturalmente las vacaciones para trabajar más que nunca y traernos, al regresar, las maletas llenas de esperados manuscritos.

París, junio 1947.

EMMA RISSO PLATERO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA CASA DE ASTERION

Y la reina dió a luz un hijo que se llamó Asterión.

APOLODORO: *Biblioteca,* III, I.

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones (que yo castigaré a su debido tiempo) son irrisorias. Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas (cuyo número es infinito) están abiertas día y noche a los hombres y también a los animales. Que entre el que quiera. No hallará pompas mujeriles aquí ni el bizarro aparato de los palacios pero sí la quietud y la soledad. Asimismo hallará una casa como no hay otra en la faz de la tierra. (Mienten los que declaran que en Egipto hay una parecida.) Hasta mis detractores admiten que no hay *un solo mueble* en la casa. Otra especie ridícula es que yo, Asterión, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura? Por lo demás, algún atardecer he pisado la calle; si antes de la noche volví, lo hice por el temor que me infundieron las caras de la plebe, caras descoloridas y aplanadas, como la mano abierta. Ya se había puesto el sol, pero el desvalido llanto de un niño y las toscas plegarias de la grey fueron símbolo de que me habían reconocido. La gente oraba, huía, se prosternaba; unos se encaramaban al estilóbato del templo de las Hachas, otros juntaban piedras. Alguno, creo, se ocultó bajo el mar. No en vano fué una reina mi madre; no puedo confundirme con el vulgo, aunque mi modestia lo quiera.

El hecho es que soy único. No me interesa lo que un hombre pueda trasmitir a otros hombres; como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura. Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu, que está capacitado para lo grande; jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra. Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer. A veces lo deploro, porque las noches y los días son largos.

Claro que no me faltan distracciones. Semejante al carnero que va a embestir, corro por las galerías de piedra hasta rodar al suelo, mareado. Me agazapo a la sombra de un aljibe o a la vuelta de un corredor y juego a que me buscan. Hay azoteas desde las que me dejo caer, hasta ensangrentarme. A cualquier hora puedo jugar a estar dormido, con los ojos cerrados y la respiración poderosa. (A

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

veces me duermo realmente, a veces ha cambiado el color del día cuando he abierto los ojos.) Pero de tantos juegos el que prefiero es el de otro Asterión. Finjo que viene a visitarme y que yo le muestro la casa. Con grandes reverencias le digo: *Ahora volvemos a la encrucijada anterior* o *Ahora desembocamos en otro patio* o *Bien decía yo que te gustaría la canaleta* o *Ahora verás una cisterna que se llenó de arena* o *Ya verás como el sótano se bifurca.* A veces me equivoco y nos reímos buenamente los dos.

No sólo he imaginado esos juegos; también he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son infinitos [1] los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo. Sin embargo, a fuerza de fatigar patios con un aljibe y polvorientas galerías de piedra gris he alcanzado la calle y he visto el templo de las Hachas y el mar. Eso no lo entendí hasta que una visión de la noche me reveló que también son catorce (son infinitos) los mares y los templos. Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo.

Cada nueve años entran en la casa nueve hombres para que yo los libere de todo mal. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías de piedra y corro alegremente a buscarlos. La ceremonia dura pocos minutos. Uno tras otro caen sin que yo me ensangriente las manos. Donde cayeron, quedan y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. Ignoro quiénes son, pero sé que uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor. Desde entonces no me duele la soledad, porque sé que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo. Si mi oído alcanzara todos los rumores del mundo, yo percibiría sus pasos. Ojalá me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas. ¿Cómo será mi redentor? me pregunto. ¿Será un toro o un hombre? ¿Será tal vez un toro con cara de hombre? ¿O será como yo?

El sol de la mañana reverberó en la espada de bronce. Ya no quedaba ni un vestigio de sangre.

—¿Lo creerás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió.

---

1 El original dice *catorce*, pero sobran motivos para inferir que, en boca de Asterión, ese adjetivo numeral vale por *infinitos*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

I

LOS CANGREJOS

Nadie sabe cuál fué el origen de los cangrejos. Vienen caminando como emigrados del futuro, precipitándose en el fondo del tiempo.

Fueron los primeros habitantes del porvenir, ubicados en su cuenca misteriosa y van buscando lo pasado, el primer día que les correspondería en el Génesis, el día en que se dijo: "Sean los cangrejos y los cangrejos fueron".

Hay un revenir de cangrejos marchando procesionalmente por el espacio y el tiempo, en el éxodo más extraño de la Creación. Vienen de espaldas, como espantados de la visión del Apocalipsis que han presenciado. ¿En qué instante pasarán del presente al futuro y del futuro al pasado humanos y cangrejos? La humanidad y la cangrejidad van en busca de sus respectivos finales y la voluntad del Creador ha hecho que pasemos por el mismo túnel en sentido contrarios. Parece como si los cangrejos fueran buscando su cuna de humus y arcilla en las capas geológicas más antiguas, después de haber estado en las nubes intemporales.

Hileras e hileras infinitas de dorsos cangrejales vienen a buscar el primer contacto con lo creado. ¿Expiarán algún crimen de lesa divinidad que no conocemos, condenados a un eterno volver, o será sólo el capricho de un demiurgo?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

II

LAS TORTUGAS

Enclaustradas en sí mismas, enmuradas, las tortugas deben cumplir su destino sin poder sentir sobre su espalda la sensación de lo suave.

Viven así, en estado de lapidificación, apenas sacando su cabeza por el agujero de ese muro intraspasable, sin una ventana por donde pueda entrar la luz o el aire. Cansinamente arrastran su pesadez como piedras andantes.

Creadas como para vivir en la aridez, en el páramo más inhóspito del mundo, recuerdan guijarros en el paisaje más despoblado. Sobre su dorso gris con lajas apretadas y agrietadas, será inútil que caiga alguna vez alguna semilla porque morirá sin fecundar. Parece que fueran incapaces de procrear, representan la dureza, lo pétreo con vida, una transición entre lo mineral y animal. ¡Qué destino doloroso el de estos animales-cosas, con su hibridez de piedra y bicho!

Se les debe deja pasar sin darles a entender la monstruosidad que aparentan, dejándoles se confundan con muros derruídos.

CARLOS COLDAROLI

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL CASO DEL PATRIOTA VENAL

En un rincón del bar, algo alejados del bullicio de los socios más jóvenes, solían reunirse algunos jefes y oficiales ya retirados, que distraían su ocio con relatos de glorias pasadas y recuerdos de vidas que ya empezaban a declinar.

Alrededor de una mesa se entregaban a una conversación, que más que dialogada era una serie de soliloquios escalonados, en los que cada uno pretendía interesar por turno a los demás, aunque sin éxito, lo que hacía que la charla languideciera, siendo fácil prever un silencio inminente.

Formaban la reunión, el mayor Higgins, el cirujano militar Dr. O'Reilly, el general Flinders y el mayor Bowers, todos retirados desde tiempo atrás de las filas del ejército y miembros destacados del *Martial Cub*.

Todos ellos habían prestado servicio en las colonias y los relatos se referían con frecuencia a sus andanzas y aventuras por países que cualquiera que no fuera miembro del club, calificaría de exóticos.

—Recuerdo como si fuera ayer —comenzó el general Flinders, aprovechando el silencio que se produjo cuando el Dr. O'Reilly terminó de aburrir a sus amigos con una disertación insustancial sobre una epidemia gástrica desarrollada en Benares el año 1894— la brillante carga de caballería que el mayor Stevens nos ordenó contra los sublevados, allá en el Punjab a comienzos de 1885. Cargamos como verdaderos suicidas...

—A propósito de suicidas...

Todos los presentes se volvieron tan rápidamente como sus achaques lo permitían, en dirección a la puerta que conducía a las habitaciones privadas de los socios, en cuyo marco se recortaba la figura, arrogante aún, de un anciano de acusado porte militar, que con aquellas palabras cortó definitivamente la narración del ex-centauro.

—Mi estimado coronel Brackenbury —exclamó el mayor Higgins con voz bastante distinta de la que empleara en sus fogosas arengas de antaño.

—Bienvenido —balbuceó el mayor Bowers, dirigiéndose al recién llegado.

—Buenas tardes a todos mis amigos —fueron las palabras del coronel.

—Me ha cortado usted el relato en lo mejor —dijo quejoso el general—. Cuando iba a describir el cuadro que presentaba el campo de batalla después de destrozar con nuestros sablazos...

—Basta, por favor —exclamaron casi a coro los circunstantes— y el doctor O'Reilly no pudo menos que expresar en tono irónico que aquel cuadro había sido ya expuesto reiteradas veces y que cualquiera de ellos podría reproducirlo acaso con más fidelidad que el narrador.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Qué iba Ud. a decir a propósito de suicidios, Brackenbury? —preguntó insinuante el mayor Bowers, previendo que la explicación no carecería de interés.

—Uds. saben bien —empezó el coronel— que he dedicado largos años de mi vida a actividades relacionadas con el *Intelligence Service*. De esos años, la mayor parte transcurrió fuera de nuestra querida isla, de la que a veces he estado ausente períodos tan prolongados que a mi regreso me he sentido un poco extranjero; tanto como pueda sentirse en su patria un militar británico.

El suceso que, por asociación de ideas, vino a mi memoria al oír las palabras de nuestro querido general, ocurrió en el Japón —el gran Yamato, como lo denominan sus habitantes— por el año 1910, exactamente en momentos en que culminaba la ocupación de Korea por aquella nación.

Por razones relacionadas con mi empleo, me trasladé desde Singapore, en donde me encontraba en misión, directamente a Kobe y el mismo día de mi llegada tomé el expreso a Tokio, en donde permanecí un mes aproximadamente.

A los pocos días de encontrarme en la capital, se produjo el hecho que les relataré.

Ante todo, debo decirles que contaba en ese país con excelentes amigos, quienes no obstante conocer, según creo, mis actividades al servicio de mi patria, no vacilaron en ofrecerme, aparentemente, al menos, una cordial hospitalidad.

Entre mis relaciones se contaba el general Shotoku Taishi, subsecretario del Ministerio de Guerra a quien conocí y cuya amistad frecuenté cuando desempeñaba un cargo de diplomático en Birmania, donde estuve en servicio unos tres años.

Apenas llegado al hotel, recibí unas amables líneas del general, que me decía que se sentiría verdaderamente honrado si yo me conformaba con ser su huésped durante el tiempo que permaneciera en la capital.

Pretendí excusarme, pero de nada valieron mis argumentos pues insistió y al fin le contesté que con verdadero reconocimiento compartiría su techo una semana de las que pasara en Tokio.

Le creía aún soltero, estado del que siempre había hecho elogios y grande fué mi sorpresa cuando al llegar a su casa me presentó a su esposa, la joven Tsumé, deliciosa en su trato y de una perfecta belleza oriental.

El general la sobrepasaba en edad en unos treinta años, no obstante lo cual le hallé tan rejuvenecido, sin duda por la felicidad que reinaba en su hogar, que esa diferencia no se apreciaba en forma demasiado visible.

La primer noche que pasé en la casa del general fué, en verdad, interesante. Estaban a cenar varios agregados militares de embajadas europeas: Nuestro comptriota el mayor Shelby —a quien algunos de Uds. habrá conocido o al menos recordará su nombre por su comportamiento heroico, que le costó la vida, en Chateau Thierry— el coronel Des Allimes, el comandante von Fechheimer, el mayor Oposowsky, el coronel Sforza y otros cuyos nombres escapan a mi memoria.

Recuerdo que a los postres el general defendió el derecho de expansión de los Estados superpoblados, a lo que von Fechheimer asintió con entusias-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mo exclamando: *"Ja, ja, mein General. Ein staat benötigt sich zu vergrössern in Proportion zu seiner Bevölkerung."* A lo que Taishi replicó que intuía con agrado por la expresión y el gesto de su poderoso amigo que éste estaba conforme con sus ideas. Des Allimes, mientras tanto, hacía un aparte con Sforza en términos de absoluta cordialidad sobre el problema africano, tema que pronto atrajo la atención de todos los presentes, con excepción de Oposowsky, que sólo emitía sordos gruñidos cuando alguna vez era interrogado con la mirada.

Terminada la cena, nuestro anfitrión, nos pidió disculpas para retirarse un breve instante a su biblioteca, pues —dijo— deseaba hacer una anotación importante que temía olvidar.

No dejó de intrigarme que poco después von Fechheimer se levantara y saliera de la habitación en que nos encontrábamos. Aún no sé explicarme por qué me levanté a mi vez y acercándome al pasillo por el que el comandante acababa de desaparecer, oí palabras sueltas pronunciadas con marcado acento prusiano que no alcancé a interpretar.

Al rato regresó von Fechheimer y momentos después el general Taishi, deshaciéndose en disculpas por lo que él calificó de imperdonable falta a los deberes de la hospitalidad. Como se acercara la medianoche, poco a poco fueron retirándose los invitados hasta que quedé solo con el dueño de casa. Hablamos de temas sin importancia, recordamos situaciones del pasado y al cabo de una media hora nos retiramos a descansar.

Llegado a mi dormitorio, ordené mis cosas, leí algunos minutos y por fin me quedé profundamente dormido.

Cuando desperté a la mañana siguiente, bastante temprano, por cierto, pues tenía trabajo abundante que preparar, el mayordomo me informó que el general había madrugado más aún y ya estaba en camino para el Ministerio.

Durante toda la mañana estuve ocupado en los asuntos que motivaban mi viaje; conferencias con los agregados militares, revisación de algunas carpetas reservadas, aclaración de informaciones, etc., y aproximadamente al mediodía regresé a la casa de mi amigo.

Me llamó la atención no encontrarlo a la hora del almuerzo, pero según me dijo su secretario privado, que compartió la mesa junto con la delicada Tsumé y conmigo, su ausencia se debía a tareas extraordinarias que le obligaban a permanecer en su despacho. No puntualizó la naturaleza de aquéllas, pero en su rostro de natural impasible, me pareció observar señales de preocupación.

Hablamos de temas sin importancia; me preguntó mis impresiones de la capital, refirió algunas anécdotas sucedidas durante su permanencia en la Universidad de Heidelderg, tratando de reemplazar al ausente anfitrión, tarea en que era secundado por la esposa del General, cuya sonrisa no traslucía sino felicidad y afán de resultar agradable al huésped ocasional.

Después de una breve sobremesa Omura, el secretario, presentando sus excusas se retiró a su habitación y yo, a mi vez, me disculpé ante la bella Tsumé pues me aguardaba una tarde muy atareada.

Regresé de la Embajada cuando el sol se ocultaba, envolviendo las som-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bras la cuidada avenida que conducía a la casa de mi amigo, sombras que se acentuaban con las luces que empezaban a encenderse.

El silencio reinaba en la casa a mi llegada; el mayordomo me franqueó el paso con cierta nerviosidad que me extrañó por desacostumbrada en hombres de su ocupación y de su raza y cuando me dirigía a mi habitación me dijo con palabras vacilantes.

—Señor... ha sucedido algo horrible...

—Explíquese —interrogué—. ¿Qué ha pasado?

—El general, fiel a la tradición militar, ha cometido "seppuku". *

—Pero..., no es posible —exclamé—. ¿Qué puede haberle impulsado a semejante determinación? Parecía tan feliz en su vida de hogar y tan brillante su posición...

—No estoy en condiciones de contestar al señor —respondió el mayordomo— sólo puedo afirmarle que lo que me he permitido decirle es la terrible realidad.

Sin subir a mi habitación, me apresuré a presentar mis condolencias a la joven esposa a quien hallé rodeada de amigas y miembros de la familia.

—Ha sido un golpe terrible para mí —dijo en respuesta a mis palabras—. Fué el mayordomo quien lo encontró yaciendo en la posición ritual. A su regreso del Ministerio, a las cuatro, se dirigió directamente a su escritorio, sin hablar con nadie y dos horas después se le encontró muerto.

—¿Sería inconveniente que se me permitiera pasar al escritorio? —solicité.

—En manera alguna. Allí encontrará posiblemente a Omura, quien debe estar ordenando los papeles de mi marido.

Sin pérdida de tiempo me encaminé al escritorio del general, donde, efectivamente, hallé al secretario.

Sólo una extensa mancha de sangre en la alfombra denotaba la tragedia que se había desarrollado entre esas cuatro paredes. El orden más absoluto reinaba en el aposento. Sólo un pequeño taburete derribado a pocos centímetros de la mancha rojo oscuro, se hallaba fuera de posición y de lugar.

—¿A qué atribuye Ud. tan terrible determinación? —pregunté después de cambiar un saludo.

—Lo ignoro en absoluto —me respondió— sólo puedo decirle que esta mañana el general parecía distinto de lo habitual. Entré en su despacho del Ministerio a las 11 y lo encontré sentado ante su mesa con la cabeza entre las manos y absorto de tal manera en sus pensamientos que puedo asegurarle que no advirtió mi presencia. Movía los labios rápidamente sin emitir sonido alguno y entonces preferí alejarme respetando su preocupación evidente. Desde entonces no lo volví a ver vivo.

—¿A qué hora se retiró el general del Ministerio?

—No podría contestarle con certeza —me respondió— pues pasé una mañana muy atareada preparando informes y terminando un memorandum que debía entregar hoy.

En vista de que ninguna otra información podría obtener de Omura, preferí retirarme a mi habitación a arreglar mis cosas, pues en tales circuns-

* El mayordomo jamás habría dicho —por vulgar— "hara-kiri".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tancias me pareció correcto trasladarme a un hotel, lo que hice no obstante las protestas de la joven viuda, que me instaba a permanecer en la casa.

A la mañana siguiente, recibí una amable invitación del Jefe de la Policía Imperial, en la que me rogaba trasladarme a su humilde despacho donde me esperaría a las 10 y 14.

Ante tan exacta cortesía oriental no pude menos de responder con puntualidad británica y a la hora indicada fuí recibido por el funcionario.

—Las circunstancias que rodean la muerte de S. E. Shotoku Taishi son en verdad extrañas —comenzó.

—Serían extrañas en quien no fuera un japonés de alcurnia —respondí— pero me parece la forma de muerte adecuada para un *samurai*.

—Ahí está la cuestión —insistió— las dos incisiones cruzadas halladas en el vientre del cadaver no presentan la extensión ni el sentido ritual, lo que resulta sospechoso en una persona de estirpe tan elevada. Además el desorden reinante en la habitación no condice con el ceremonial.

—Pero —le repliqué— yo estuve en el escritorio apenas regresé a la casa y sólo se encontraba fuera de lugar un taburete derribado.

—Lo suficiente para que nuestra mente oriental califique el ambiente de desordenado —respondió.

La entrevista terminaba cuando me preguntó si durante mi corta permanencia en la casa había observado algo que pudiera arrojar luz sobre la muerte del general, pero se echaba de ver la poca confianza que le merecía mi perspicacia.

Hícele un relato sucinto de mis impresiones y a poco me retiré entre reverencias y sonrisas de dudosa sinceridad.

La muerte del general Taishi era el tema obligado en el mundo oficial y mal podían escapar a nuestros agentes del *Service* ciertos detalles que daban al caso verdadero interés. Averiguaron entre otras circunstancias que el plan de movilización, minuciosamente preparado, había desaparecido de la caja de hierro del Ministerio de Guerra y ello hacía explicable el suicidio del Subsecretario, responsable de su custodia.

Recordé, entonces, la casi simultánea desaparición del General y de von Fechheimer al terminar la cena y no pude menos de dudar de la honestidad de mi amigo. Pero —pensé—, si Taishi había vendido los documentos al agregado militar alemán, su posterior suicidio resultaba inexplicable, pues dado su temperamento no cabía la hipótesis del arrepentimiento tras un acto impulsivo.

Sin embargo, según nuestras informaciones, era precisamente la embajada alemana la adquirente del plan de movilización y la relación entre los dos sucesos era inevitable.

Tras alguna vacilación me dirigí a la casa del general y solicité de la hermosa Tsumé una entrevista reservada.

Supe por ella que el día anterior, después de almorzar, se había retirado a su salita privada en donde estuvo leyendo casi toda la tarde. Y a mi pregunta sobre si sabía cómo había ocupado su tiempo el secretario me respondió que durante toda la tarde había oído a intervalos el teclear de su máquina de escribir, lo que poco después me confirmó Omura, quien me dijo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que había pasado toda la tarde en casa terminando el informe que empezó a redactar en la oficina.

Al llegar esa noche al hotel con una buena provisión de cigarrillos, me recosté dispuesto a analizar los distintos elementos con que contaba y después de largas horas dedicadas a construir una teoría que explicara todos los hechos sin descuidar los matices psicológicos, recordé algo que había olvidado hasta ese momento y llegué de pronto a una conclusión que consideré definitiva.

Tras cortas horas de sueño, a la mañana siguiente me encaminé al Palacio de la Policía Imperial y después de amables excusas y dilatadas esperas fuí conducido al despacho del Jefe, quien me recibió con la misma sonrisa e idéntica reverencia con que me despidiera la mañana anterior.

—He considerado un deber —comencé— comunicar a Vuestra Excelencia las conclusiones a que he llegado acerca de la muerte del General Taishi.

—Agradézcole infinitamente —me respondió con una sonrisa, esta vez sincera— su preocupación por nuestra tarea, pero lamento profundamente expresarle que el misterio ha sido resuelto.

—Se refiere Vuestra Excelencia, sin duda, a la desaparición del plan de movilización como explicación de la muerte del general.

—En efecto —me contestó bruscamente con seriedad desacostumbrada— y lo felicito por la excelente organización del Servicio Británico.

—Agradezco el elogio y coincido en la indudable vinculación entre la desaparición del plan y la muerte de mi amigo.

—Su amigo —me interrumpió irritado— era un traidor al Imperio y merecía la muerte que recibió.

—Veo que insiste en que no se dió la muerte por sus propias manos y ello hace innecesario nombrar al asesino.

—Al patriota, querrá Ud. decir. Omura nos ha relatado los motivos y la forma en que procedió.

—Sería interesante —insinué— conocer esos motivos, pues en cuanto a la forma, por sus palabras de ayer, no cabe duda de que lo hirió de modo de simular el suicidio dentro de las normas del código del *Bushido*.

—Los motivos no pueden ser más elevados y dignos. Omura sorprendió la breve entrevista con von Fechheimer la noche en que Taishi entregó el plan y recibió el dinero. Meditó la grave responsabilidad de su secreto y al día siguiente comunicó al general lo que sabía, para lo que esperó en el escritorio de su casa recordándoe su deber de "samurai" y como su jefe vacilara, le dió muerte en la forma que sabemos, para salvar el honor del general y la tradición militar.

—Y Vuestra Excelencia —exclamé interrumpiendo su exaltación— como decimos vulgarmente en el Occidente, se tragó la píldora.

Quedó mudo un instante. A pesar de la impasibilidad habitual pude leer el curso de sus pensamientos y hubo un momento en que temí que me expulsara violentamente de su despacho. Pero, después de un visible esfuerzo, la sonrisa que ya conocía iluminó, aunque pálidamente, su rostro.

—Acaso el *Intelligence Service* —dijo en tono aterciopelado— ha llegado a conclusiones distintas a las de este humilde policía.

—En efecto —le respondí—. Omura es un doble traidor, a su patria y al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hombre que lo protegió. Robó el plan y lo vendió a von Fechheimer. Cuando el general descubrió la desaparición, sospechó de Omura y lo interpeló en su propia casa. Entonces aquél lo mató y simuló el suicidio, no para proteger el honor del general sino para salvar su seguridad y su vida.

—¿Y podría acaso el *Intelligence Service* fundar su teoría en algo más que en su poderosa imaginación?

—Seguramente —me apresuré a contestarle—. La negociación tuvo lugar en la noche de mi llegada. Cuando von Fechheimer se ausentó por breves minutos, se entrevistó con Omura y no con el general.

—¿También estuvo presente el *Intelligence Service*? —preguntó con simulada curiosidad el Jefe.

—No, pero no olvide que las palabras que alcancé a oír sin interpretar, como le informé ayer, fueron dichas en alemán, idioma que el general, a quien conocía bien, ignoraba, cosa que siempre lamentó. Y no olvide tampoco que Omura estudió en Heidelberg.

Es la primera vez que he visto a un amarillo enrojecer en forma peligrosa y sin aguardar reverencias me retiré apresuradamente.

Y así terminó el caso del patriota nipón —concluyó el coronel Brackenbury.

—¿Comprobó la policía la culpabilidad del secretario? —preguntó con interés el Dr. O'Reilly.

—En efecto, aquella misma tarde recibí una amable esquela del jefe en la que me decía, después de inclinarse un centenar de veces ante mi sagacidad, que a la sola vista de un cordón de seda amarilla y de unas astillitas de sándalo, Omura había coincidido con mis puntos de vista.

CARLOS PÉREZ RUIZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

POEMA DE VALPARAISO

Son los oficios, marinerías y maestranzas, hondos talleres,
olores húmedos, sonidos, ángulos, curvas, vidrieras ultramarinas,
viento en las proas, rosa del aire, sólida, antigua como la muerte,
los acordeones de las Terceras, el vientre oscuro de la esperanza.
Dadme la llave perdida, el rumbo, la mariposa de la bitácora,
un tiempo hubo... ahora vuelve con la marea, recuerdo rostros,
viajes, delirios, enfermerías, drogas profundas, zapatos viejos,
festejos íntimos, sepelios sólos de llantos agrios, trajes y adioses.

Nunca más alba que ésta de hoteles, naves, ancladas,
pasión, orilla de voces vagas y cremalleras de fugitivas estrellas pobres,
carbones, óleos, alquitrán, ruidos de las arañas viajeras, verdes,
hinchadas, ásperas y silenciosas como la muerte.
Nunca más día que el mediodía de playa ardiente con niñas solas,
luego la tarde pone sus huevos de sombra, donde,
de la madera podrida brota la flor del agua cuando meriendan
los cargadores. los cargadores, los cargadores, los cargadores.

En la alta ruina del Cementerio tú me acompañas,
en el vital caminoteo de calles, plazas, tabernas, luces,
tú me acompañas, en piedras, suelas gastadas, puertas, letreros, alfa-
[rerías,
lunas usadas como la muerte, conservas y otras diversas clases de co-
[mestibles.
Los albos barcos, todo lo que es un puerto, partir, quedarse;
zaguán al fondo ladrán los perros violetas; grises lavanderías
blancas, azules, y los espejos de las perdidas fondas perdidas
de congrios de ojo de vidrio blando con lentas moscas.
Nunca más noche como la noche, tiendas cerradas, funebrerías y el
[traje solo
del Almirante ya fallecido; los impermeables, y en las insignias
redondos vientos pequeños mueven distintas formas, gilette, paraguas,
las tristes casas en donde duermen los escribanos.
¡Tan sólo el mar! Deja que invada los aposentos de cortinados y abue-
[las muertas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de terremotos y pulmonías; deja que invada camas de bronce, turbios
[mecheros,
siempre discreto como la muerte, mientras al fondo cantan, hinchados,
los marineros, los marineros, los marineros, los marineros.

¡El mar! de intensos valses con ondulantes trajes de espuma,
innumerable como la muerte frente a las fábricas de chimeneas que
hacen las nubes
y los galpones de los toneles de ron vacíos, tan penetrantes
y las ventanas iluminadas de la vigilia de los huelguistas.
Paja y aceite el agua gruesa lame la piedra, tigre de bruma,
Mary Celeste sueña en el fondo con sus abiertos ojos sin fondo
de cuyo fondo color celeste nace la ola
donde saluda desde la muerte la mano náufraga de los ahogados.

Nada más noche cuando las ratas cruzan cajones, alcantarillas,
bellas boticas, frascos, pociones, hule, recetas de muertos próximos,
mendigos lánguidos en los umbrales bajo los focos entrecortados
cuando se cierran los bares tibios donde bebieron los alemanes.
Hay —¿has oído?— papeles, ruedan junto a las cáscaras y los cigarros
medio fumados con ese ruido que hace la muerte cuando penetra
—por el silencio— a ciertas clínicas de altas paredes tan aromáticas,
y hay los mercados, hay los mercados, hay los mercados, hay los mer-
cados.

¡He de volver! de donde nacen las mariposas siempre contigo
a ver el mar desde los muelles, pasando campos de altivas rosas,
de trigos ágiles, flexibles, útiles, alegres, finos como la muerte,
de frescos túneles, carpinterías, cerajerías, tinta de imprenta, trenes,
vestidos,
a ver el mar desde las costas donde quedaron aromas tuyos
o los hoteles de paso, cuando, solos en unos, los dos en uno
—llegaban ruidos de las descargas, de las partidas, de los retornos—
y era la sangre nuestra la sangre nuestra la sangre nuestra la flor del
[mundo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL MOSQUITO

Hacía un mes que Marta había llegado a esa escuelita perdida en el monte, al pie de un cerro que acaso fuera el mismo que veía desde Posadas, azulándose en las tardes de verano, cuando su vida de estudiante corría alborozada y era fácil detenerse a pensar el crepúsculo, mirando la lejanía. Quizás fuera el mismo, pero su belleza, ahora más próxima, había sido borrada por ese mes de soledad montaraz que venía soportando desde que se hiciera cargo de su puesto.

¡Ah, su soledad! Algo que de tanto repetir ya se había incorporado en su carne; algo más que sentirse sola: estar continuamente requerida por los infinitos lugares de su contorno y no moverse, no saber ir hacia ellos. Estar solo es, a menudo, una permanencia descansada en sí mismo —pensaba cuando sentía con intensidad su falta de vínculos con esa vida pujante y natural que la rodeaba.

Marta había hecho cuanto estuvo en su mano para adaptarse al nuevo ambiente, para sobreponerse a su desasosiego inexplicable y absurdo; y sus compañeros —el director, la mujer de éste y el otro maestro— también trataban por todos los medios de hacerle llevadera la vida monótona de la escuela. Pero todo era inútil.

Después de las horas de clase, a las que se dedicaba con entusiasmo y cuyos trabajos la distraían durante el día; cuando la tarde comenzaba a invadir con sus tristes esplendores la escuela, el monte, el cielo; cuando el aire parecía adquirir una densidad extraña y los sonidos flotaban sobre olas de perfumes silvestres como objetos a la deriva, Marta sentía llenársele el pecho de una pesadumbre amarga. Deseaba, al mismo tiempo, que llegara la noche para meterse en cama y temía, con ese temor supersticioso de los que no están acostumbrados al monte, el arribo de las sombras con su séquito misterioso de ruidos extraños y silencios interminables. Era ese el momento en que la soledad se apoderaba de su alma.

Solían reunirse en el corredor de la escuela al terminar las tareas de la tarde y permanecían un rato juntos. Luego el maestro se marchaba a su casa, situada al otro lado del arroyo; el director y su mujer se retiraban a sus habitaciones hasta la hora de la comida; y aun el mismo portero, cuya charla de idiota solía distraerla, se iba quien sabe a dónde una vez que terminaba de regar las plantas del patio. Entonces, Marta se refugiaba en su cuarto, cuyas paredes de vasta madera encalada habian adquirido un aire de intimidad casi hogareña a fuerza de habilidad y de cortinas floreadas.

Sentada junto a la ventana, dejaba que las horas acumularan sobre ella sus tristes sombras, mientras una desesperación vecina del llanto laceraba su corazón.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

* * *

Ese día se había cumplido con la monótona regularidad de siempre. Terminadas las clases de la tarde, se habían reunido los cuatro en la galería. Luego el maestro descendió por el camino hacia su casa, lentamente, y los esposos se retiraron. Marta quedó sentada allí, en medio del crepúsculo, mirando al portero que recorría el patio con una regadera en la mano. Lo estuvo observando largamente, tratando de encontrar un parecido entre sus deformes rasgos de idiota y la cabeza de algún animal, y se descubrió de pronto pensando cuanto más feliz que ella sería este pobre muchacho que regaba las plantas y tarareaba una canción. ¿Qué pensaría esa torpe cabeza? ¿Al hocico de qué bicho se parecía ese rostro?

De pronto el muchacho cruzó el patio y se acercó. Al ver que ella lo miraba, le sonrió mostrando los carcomidos dientes. Marta sintió un desasosiego inexplicable. Temiendo que el idiota hubiese adivinado su pensamiento, se levantó para irse.

—¿Va a tocar la radio, señorita Marta? —le preguntó con voz ronca y trabajosa.

No, está descompuesta —atinó a responderle ella, sin saber con precisión por qué mentía.

Y huyó a refugiarse en su cuarto. Una vez en él, cerró la puerta, temerosa de que el idiota le siguiera hasta allí. Eran, sin duda, temores y pensamientos completamente tontos, pero Marta no pudo deshacerse de ellos. La dominaba, cebándose en su espíritu como una fiera irrefutable, como un monstruo de su miedo ancestral. Serenada al fin, se acercó a la ventana, y pudo ver cómo el hombre continuaba regando las plantas, tal vez olvidado ya de la radio, de ella y de toda otra cosa que no fuera la canción que repetía incansablemente.

* * *

Marta tenía la costumbre de acostarse temprano y leía hasta que el sueño la obligara a cerrar los ojos. Permanecía así una o dos horas, mientras la radio sonaba débilmente, deparándole una música indefinida, secreta y arrulladora; una música de fondo que acunaba con su ritmo decvaído las palabras que leía. A ratos, la voz del locutor —una voz lenta, cavernosa y sin matices— desviaba su atención de la lectura y la mantenía con la cabeza erguida, la vista inmovilizada en cualquier mancha de la pared, esperando el nombre de la música; en verdad, llevada por quién sabe qué involuntarias asociaciones, repitiendo tontamente el último párrafo leído. Cuando volvía a sonar la música, daba muestras de fastidio, como si estuviera convencida de que lo importante era la lectura, esa página que ya empezaba a leer de nuevo. Así, divagando, perdiéndose en confusos ensueños, que surgían del texto o del receptor de radio, como de una caja de ilusionista, trascurrían esos momentos nocturnos. El mundo estaba afuera, más allá de la luna derramada en el patio, del ruido sordo de la selva, del sueño ajeno. Era un mundo de curso opaco, pero que deseaba fervientemente comprender; un mundo que debería envolverla con la natural y sencilla gravedad del aire y de la luz.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Maquinalmente apagó la lámpara y se tendió boca abajo, con el mentón sobre la almohada, los oscuros ojos puestos en la pequeña ventana por donde entraba la luz de la luna, ahora dueña del cuarto. Poco a poco el haz luminoso fué azulándose, como filtrado por los vidrios. Todo flotaba en el rincón iluminado, íbase de sí en un perfecto proyectarse hacia lugares insospechados. La nuca le dolía voluptuosamente.

En ese instante, un repentino zumbar, como porfiada flecha, le perforó el oído. Se volvió bruscamente, manoteando en la oscuridad. Una rabia desesperada la mantuvo boca arriba, aguardando en el silencio a su enemigo de todas las noches. ¡Oh, cuánto lo odiaba! Quizás fueran muchos, pero atacaban de a uno, cuando menos esperado era su ataque. El mosquito parecía estar enterado de esa rabiosa impotencia y desplegaba una táctica desesperante, de guerrillas, de inesperadas embestidas. Caía zumbando de pronto sobre una oreja, como consciente del físico malestar que producía, y luego se alejaba.

Cada noche, desde hacía varias, el mosquito repetía sus odiados ataques. Marta llegó a cobrarle una aversión, una repugnancia casi orgánica, como si todas las cosas desagradables y torpes de la vida adquirieran presencia en ese zumbido. Hasta los recuerdos más dulces, esos que momentos antes llegaban con los rayos de la luna a posesionarse del cuarto, mudaban de golpe, y lo feo, lo sombrío, lo deforme, ocupaban su lugar. Las miradas de los hombres que alguna vez habían detenido sus ojos en ella, demasiado fija y descaradamente, volvían a traspasarla. Escuchaba la voz del locutor, que anunciaba una canción sentimental, y se sentía triste y sola en el desamparo de la selva indescifrable. Todos los ocultos temores, todo el enmarañado y turbio tejido de la vida, adquiría en esa amarga soledad del monte, en esa lucha sorda contra el enemigo pequeño y sutil, un peso de siglos que la aplastaba. Marta no comprendía que era ese primordial espanto el que renacía todas las noches con el zumbido del mosquito. La imperiosa selva imponía su rigor elemental en esa soledad restringida. Y Marta temblaba en medio de sus nocturnos límites.

El mosquito había ido creciendo en su mente con un crecer oscuro y terrible, y ya tenía las dimensiones del bosque profundo. Después del primer ataque quedaba ella boca arriba, esperando, mientras el denso trabajo de su imaginación llenaba la pieza con poblaciones de pesadilla. Daba en pensar lo que ocurriría cuando su cuerpo dormido ya no lo sintiera, cuando mordiera sus miembros y chupara su sangre, y se aterraba honda, nocturnamente. Lo imaginaba enorme, horrible y viscoso, recorriéndole los brazos con lento andar de monstruo, yendo de una descubierta rodilla al pecho rítmico; hurgándole la boca entreabierta en una abandonada actitud de beso; rozando con sus peludas patas la frente quieta. Hasta llegó a soñar ese monstruo. Entonces, se despertaba en la alta noche, terriblemente pálida, aterrada al extremo de no atreverse a encender la lámpara, inmovilizada entre las cobijas, mirando el techo con desorbitados ojos.

Esa noche no había podido leer. La música daba vueltas por el cuarto, buscando quien la escuchara, y el locutor estaba allí, dentro de la caja sonora, hablando con circunscripta voz de caverna, espiándola con su enorme ojo luminoso, como un cíclope descarado. Pasaban los minutos. Marta ya estaba

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cansada de mantenerse en esa posición, a la espera del segundo ataque del mosquito, pero no quería moverse. Podría llegar de un momento a otro, y quizá fuera esa la oportunidad de aplastarlo de una vez. Pensó que no podría dormirse hasta que no consiguiera matarlo.

Desde su inmovilidad podía ver la ventana iluminada. Afuera, la plenitud de la noche madura y perfecta. En el rincón visitado por la luna, flotaban los objetos de su tocador en medio de una trémula blancura. ¿Dormirían el director y su mujer en ese momento? ¿Cómo estaría aquel alumno suyo que había vuelto a su casa con las mejillas encendidas por la fiebre? Mañana iría con el grado hasta la chacra situada al otro lado del cerro... ¿Era miércoles..? ¿O jueves..? El sueño invadía dulcemente su cuerpo, como si un río creciera por dentro, un río tibio, dulce, lento...

De pronto el mosquito cayó zumbando sobre ella, Marta dió un salto y quedó sentada en la cama, atolondrada por esa repentina presencia que la había sacado del sopor que la vencía. En el primer momento, toda la energía de su cuerpo tendió a llevarlo a su posición anterior. Luego, sus músculos se distendieron gradualmente y la desolación volvió a insinuarse en su espíritu. Entonces, distinguió con nitidez la sombra que sus ojos veían en la ventana. Quiso gritar, pero no pudo. Tan sólo podía mirar el hocico pegado al vidrio. A su inmóvil espanto respondía la quieta presencia de esa sombra casi humana.

Con lentitud, la sombra se separó del vidrio y sólo pudo verse al trasluz una figura que se movía empeñada en una operación cuyo objeto parecía ser el postigo de la ventana. Cuando éste cedió a la presión de afuera y Marta comprendió confusamente lo que ocurría, intentó de nuevo lanzar un grito; pero su garganta no le obedecía. Entonces, quebrada su muda expectación, vencida por el esfuerzo y el terror, cayó pesadamente sobre la almohada. Así, tendida en la cama, su desmayo parecía un dulce y tranquilo sueño.

Entretanto, el idiota había conseguido abrir por completo el postigo y estaba asomado a la vntana como en éxtasis. De pronto, se dió una palmada en el cuello.

—¡Mbarigüí de porquería! —dijo con indiferencia, limpiándose la palma de la mano en el alféizar; pero asustado del sonido de su voz, y temeroso de haber despertado a la hermosa durmiente, se tapó la estulta boca. Después se agachó, apoyó el mentón sobre sus brazos cruzados y detuvo la mirada, en la que brillaba una luz de tierna comprensión, de profundo deleite, en la pupila verdosa del mágico receptor, mientras la música se escapaba hacia la noche de la selva esclarecida por la luna.

JUAN ENRIQUE ACUÑA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

PINTURA

SALON PEUSER

GUILLERMO BOTERO

Las primeras exposiciones de este año no son de primer plano.

Guillermo Botero, escultor colombiano, presenta dibujos y tallas en madera. El conjunto está lleno de monotonía, pero tiene cierta grandiosidad, pues sigue la tradición de los antiguos ídolos de piedra. Así, sus tallas son compactas, mezcla de decorativismo y de tosquedad buscada. Es poco sensible. *Mujer con hijo y Grupo de pueblo* tienen un encanto primitivo y popular. Solamente en su yeso *El abrazo,* pierde la tiesura de la madera y se vuelve delicioso y espontáneo y recuerda a Huguet.

PINTORES TUCUMANOS

Son nueve estos pintores tucumanos que no están unidos por ninguna tendencia definida.

Carlos Aitor Castillo nos parece desaforado, sin ninguna disciplina.

Demetrio Yramain tiene en algunos cuadros aciertos de colorido: *Jugando a las bolitas* es claro y bien entonado.

Eduardo Navarro tiene unos bellos verdes secos en su óleo *Día gris* y en su temple de bosque de otoño. También son hermosos sus óleos *Lapacho* y *Paisaje,* con una casa ocre, verdes-amarillos, verdes-grises y rosas velados.

José Nieto Palacios presenta un raro paisaje de montañas con un grandioso cielo de tormenta y *Paisaje del Rodeo,* justamente entonado.

RICO BLASS

PINTOR PALESTINO

Las acuarelas de Rico Blass son demasiado realistas. La porción de realismo debe estar bien dosificada en un cuadro. En primer término, deben estar las leyes del cuadro: la plástica y la geometría y el color y una suficiente dosis de realismo para que podamos reconocer los objetos representados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero nunca debe existir este realismo casi fotográfico en mayoría, pues entonces no nos emociona plásticamente.

Algunas de estas acuarelas logran atraernos: *Mercado Carmel en en Tel-Aviv* por sus amarillos pálidos y sus negros. *El camino* (Nº 20) por su aire pesado. *Camino a Jerusalén* tiene un raro color velado y tonos grises de tanto sol polvoriento.

XIV SALON DE OTOÑO

ARTISTAS PLASTICOS

Faltan este año muchos nombres entre los primeros y los artistas que exponen no han enviado lo mejor de sus obras.

De Rodrigo Bonome hay un paisaje como siempre maravillosamente entonado. La *Cabeza de Colmeiro* es resplandeciente pero algo cruda de color. *Cigarra* de Armando Chiesa es fina de colorido, aunque algo monótona su manera de poner el color. *Silvio* de María Elisa Dardanelli es muy bello en colores calientes. *Niño puntano* de Nelly Dobranich está bien modelado. Juana Dourge, siempre extraña, presenta una figura suavísima, algo expresionista. Son frescas las peras y flores de Dorotea Duval. Están bien los envíos de Mata Aguirre, Abraham Balan, Rubén Daltoe, Enrique Fernández Chelo, Pablo Favisch, Nina Haeberle, Giorgina Herlitzka, Gerónimo Martignone, Eolo Pons, Hércules Solari, Susana Aguirre y Félix Stessel.

Las adolescentes de Mané Bernardo es un cuadro audaz, pero algo bestial. *Arroyo y pueblo* de Pedro Bleuzet tiene sutiles colores. Antonio Chiavetti tiene frescos azules en su *Paisaje Marino*. De March hay un paisaje mudo de colores irisados. Simón Feldman un *Homenaje a Ravel* en dulces colores musicales. Suavísimo el cuadro de Carlos Giambiaggi. De Susana Lehmann una cabeza verde-rosa bien pintada en colores opacos. La *Lavandera* de José Moraña es deliciosa en rosas y dorados. Julia Peyrou tiene una cabeza pensativa con mejillas modeladas en rosas. Bien trabajado el cuadro de Stella de Pérez Ruíz. De Laura Mulhall Girondo hay un cielo suyo apasionado. Julio Ortiz del Moral se asemeja a Domínguez Neyra en *La mandolina,* muy hermoso cuadro, en soberbio colorido. Son bellos los cuadros de María Pisarro de Pons, Salvador Presta (que recuerda a Severini), Raúl Russo, Juan Jorge Salzmann y Lucía Capdepont.

Raúl Soldi presenta un cuadro delicioso en rosas y verdes oliva. Trabucco, único y solitario, siempre magnífico.

Demetrio Urruchúa, dramático y grandioso. Miguel Viladrich, gran maestro de su técnica pero a quien le falta esa llama de inspiración que tuvo en su primera época de Toreros y Gitanas.

El conjunto de este salón es de cuadros de poco aliento, casi podrían ser fragmentos de cuadros.

Casi ninguno compone, les basta ser sensitivos, toman siempre el camino más fácil. Uno elige el color, otro el arabesco, pero no hay ningún pintor

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que reúna todas las cualidades juntas, en que la composición, el color, el claro oscuro, el dibujo todo forme una obra bien compuesta, armonizada y completa.

J U L I O V A N Z O

(Galería Müller)

Cuando un pintor está obsesionado por un tema y lo repite en diversas formas, es que lo lleva dentro de sí y esas telas suelen tener verdadera emoción. Al entrar en la sala donde expone Julio Vanzo nos sorprende la armonía de todos los cuadros entre sí, casi todos de músicos arlequines. El tema es hermoso, las abigarradas composiciones están bien compuestas. Entre las mejores están: *Arlequín y desnudo*, el arlequín con un traje blanco tiza y la mujer rosa-lívido. La *Composición* es un arcángel tocando el violín en bellísimos colores fríos. *La Canción* representa un arlequín en distintos tonos de rojos. *El concierto familiar* está todo pintado en rosa y verde. Muy extraños son los arlequines vestidos de carmín, malva y gris-verde.

Algunas de las telas son de colorido algo crudo y agrio todavía. Mas Julio Vanzo siente la plástica de la pintura y el arabesco de las formas. Afinando el dibujo y el colorido, podrá llegar más lejos aún.

M A N U E L P I N E D O

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS LIBROS

MARGARET MILLAR: LAS REJAS DE HIERRO

(Título del original inglés: *THE IRON GATES,* Edic. EMECE)

Las rejas de hierro es una novela que Margaret Millar estructura como un cuento y parece proyectar desde un escenario. Aquí nada es accesorio. Todo tiene tamaño natural. Acaso sea un cuento deslizándose por un escenario donde los personajes, tras el gravitar de la conciencia de Lucila, habitan proyectados sin expansión. Un plano que detiene en el infinito cuanto ha ocurrido y cuanto ocurrirá, que peregrina por hallar el desenlace y asoma como una interrogación. Para proyectar este plano, adoptará Margaret Millar contornos de técnica teatral, quizás no deliberadamente. En *Las rejas de hierro* la casualidad es sustancial; todo lo resuelve. Esto acentúa y crea el valor novelesco... Desde el instante en que Andrés busca su corbata sabremos muchas cosas; las necesarias para sumergirnos en la neurosis de los Morrow. No hemos previsto, sin embargo, que Margaret Millar estaría con la sorpresa entre bastidores. Claro está que no ha deliberado un desenlace para títeres. Los títeres finalmente se reunen suspensos, confundidos, interrogantes entre oscuros bastidores con caras eternas y confiadas. Aquí sólo ha construído un momento cierto, donde a diferencia de los títeres, los personajes se dispersan. El elenco no insistirá en representar otra obra. Todos se separan, no retornan, han desaparecido... Por esta dispersión la tragedia se hace aún más cierta. La tragedia es una intersección de realidades que crean una nueva. En la tragedia se sustituye una realidad por otra, y todo concurre en un punto que luego se ramifica; es cuando cada personaje parte con su dolor, su risa, su tristeza o su misterio. Esta es la diferencia entre un teatro de títeres y un teatro de verdad, la misma del escenario con la vida.

Una distancia de quince años, desde la muerte de Mildred, aniquilará a Lucila con la energía inversa a la construcción amorosa: el odio, que destruye porque se queda en sí mismo.

Lucila ha enloquecido cuando descubre que le es difícil celebrar su rostro. Desde entonces penetra en el infierno, participando de una separación constante con los objetos: un perpetuo tomar distancia. En esta historia de simplísima apariencia suceden cosas terribles que van aconteciendo en la moribunda casa de los Morrow en torno a la paranoica Lucila.

Lucila existe entre obsesiones singulares –en la literatura suelen serlo casi siempre–, más singulares aquí puesto que existen como un personaje, o un zumbido que enmudece cuando Lucila muere: *"No... No... Es una condena por mi maldad"*. Desde este instante, todo vacila en la intriga y la tiniebla

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del interrogante. La acción se torna indecisa, pero dirigida siempre con cierta seducción acontece en un mundo inmóvil que se ha detenido en un paisaje: la memoria de Mildred. Este paisaje gravita en la conciencia de todos; por ello, Mildred existe. Todo se amalgama cuando los acontecimientos ceden, inciden, se encuentran. Entonces la imagen se recupera. Retorna aquel paisaje ocurrido hace quince años: la existinguida hacha, los pinos, la nieve inesperada, el infantil diario de Mildred. La distancia se resta. Y la nueva imagen: la locura de Lucila, aquel dedo mutilado y solitario, aparece abreviando todo como un murmullo. Lo sencillo y diminuto se recupera en su dimensión y se superpone a los nuevos acontecimientos. Esta historia de un crimen sangriento hasta lo imposible y hasta lo poético es el elemento alrededor del cual se ordenan las otras unidades. La originalidad de *Las rejas de hierro* consiste en la forma técnica que utiliza Margaret Millar para esta novela donde ningún personaje se diluye, ni donde nada es subalterno. Todos los instantes poseen argumento y cada vida es un argumento.

Naturalmente hemos olvidado que Andrés había perdido su corbata. Es indispensable este olvido que deliberadamente provoca Margaret Millar. Este olvido que hace que no reparemos en la búsqueda de la corbata de Andrés Morrow nos parecerá acaso subalterno, pero no lo es. Ha sido buscando su corbata que halló cuanto no buscaba y cuanto era preciso que hallara: el diario de Mildred. Era éste la única fórmula para tejer este laberinto y para destejerlo. Era el único testigo.

La novela moderna se ha venido construyendo con la virtud de los silencios. En el silencio suelen morar la interrogación y la admiración. Se admira, luego se interroga. En *Las rejas de hierro* admiremos la técnica extraordinaria con que su autora crea el laberinto y su sorpresa entre esta *alquimia de caracteres* como diría Chesterton; pero interroguemos por la falta de excelencia de la versión castellana que nos proporciona la editorial Emece.

GUSTAV MEYRINK: EL GÓLEM (Edición Futuro)

(Título del original alemán: Der Golem)

El motivo de este relato, junto al cual Gustav Meyrink enlaza una serie de leyendas permanentes y mágicas de la antigua Praga, también inquietó a Heine, a Goethe.

Es la vieja leyenda checa del siglo XVII, la del hechizado hombre de arcilla, que bajo el sortilegio del Gran Rabino Loew, cruzaba misterioso aquellas casas, tan viejas como la leyenda, y tan legendarias como *Der Golem,* el autómata.

Este relato sonámbulo, que despierta con descuido entre una serie de significados cabalísticos, se inicia con una extravagante similitud entre un trozo de tocino y una piedra. Quizá una búsqueda del verdadero peldaño, en este existir de pesadilla.

El Gólem se cumple en el tiempo del sueño, donde el perfil de la materia transita, y donde el espacio se satisface en sí mismo. Es junto a esta línea vertical, con alfabeto de pesadilla, en donde se apoya. Los sujetos entre objetos estáticos y encuentros de extraña perspectiva con los rostros de los otros, ambulan sin alegría, mientras todo se desvanece, junto a personajes que asoman, descubren, y crean distancias diminutas entre objetos reales. Estos,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sin embargo, bien distintos entre sí, se parecerán a otras cosas. Todo en constante cambio, conquistará aquella quietud, que olvida lo temporal. Es sólo un instante que acontece, en una realidad clara e indivisible, y en donde toda comunicación entre sujeto y objeto, y toda lógica se desvanece.

Cuando el tiempo logra detenerse en una conciencia, cesa el pensamiento como dimensión. La lógica mide el suceder. El silogismo es temporal. En un tiempo detenido no se advierte lo distinto, y todos los hombres miran con un mismo rostro. Es entonces cuando la sensación de poseernos se relaja: se extingue toda idea de propiedad.

En *El Gólem,* una serie de rostros imposibles ambulan, olvidados y sin encontrarse. Desfigurados y andrajosos, siempre entre calles estrechas, ciertas hasta lo inequívoco, han de surgir repentinos, y nunca lo bastante conocidos para ser olvidados. Oscuros, murmurantes, hombres con caras grises y dedos "toscamente grandes", o bien será la presencia angustiosa de un asesino, cuya popularidad conquista, el verse reproducido en estatuillas de cera, descansando en los escaparates bajo campanas de vidrio.

Un mágico acontecer, donde el milagro no se alcanza, y donde será preciso admitir como elementos de la pesadilla a una serie de situaciones desvinculadas y extrañas hasta lo arbitrario, en la unidad del relato.

En este mundo real y mágico, visto por un artista o un mago, aparecerá Miriam: la buscadora de milagros, o quizás un maravilloso ángel detenido en una alcantarilla, tratando de hallar la divinidad. Pero el milagro es un reflejo, y el reflejo es aquí, Athanasius mismo, quien al mirarse en el espejo se encontrará parecido a Athanasius...

Así concluye *El Gólem:* mágico, porque hay una transformación real, y real, porque se transforma mágicamente. Acaso pareciera, que toda esta búsqueda con magia, pero quizás sin verdadero milagro, despertara en un encuentro con el universo, después del melancólico y desordenado relámpago, que es este Gólem de Gustav Meyrink, que apareció en 1915, y que ahora se publica en Buenos Aires, en la acertada versión de Grünbaum.

MARTA MOSQUERA EASTMAN

Witold Gombrowitz: FERDYDURKE (Editorial "Argos")

Dos aspectos fundamentales deben considerarse en este libro. Uno es el aspecto humorístico, áspero y combativo contra la cultura moderna. Otro es el aspecto problemático, cómo está dirigido ese combate. El primero es de una eficacia inesperada. La cultura es sistemáticamente atacada por una burla incesante y sanguinaria, una mofa grotesca y despiadada, carnal podría decirse, ridiculizante. Rabelaiseniamante Gombrowicz no vacila en estallar en una carcajada inacabable, en una invectiva violenta y chocante contra la madurez de los artistas y sus falsas, infantiles concepciones del Arte y lo Bello, y en este sentido el libro adquiere proporciones inusitadas, pocas veces alcanzadas. Es de una rebelión desmesurada, incesante.

En cuanto a la problemática de la novela, al planteo de nuestra inmadurez e insuficiencia, Gombrowicz dice en su prólogo: "Los dos problemas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

capitales de "Ferdydurke" son el de la Inmadurez y el de la Forma". El primer ataque del libro va, pues, contra toda esa ficción sostenida por nuestra cultura moderna de lo "perfecto" y de lo "puro". Madurez ficticia ya que nunca se alcanza pero a la que se le tributa una devoción idolátrica y genuflexa. "Ferdydurke" va, sin vacilaciones, contra los artistas y los estetas, contra los teorizantes y estilistas, contra todos esos mitómanos del Estilo y la Pureza. Ya que lo que quiere decir el autor es que mientras el hombre no rompa definitivamente con esos mitos, se precipitará en lo insincero e impersonal, en una anarquía que engendra el caos más monstruoso. Engañarse a sí mismo y a los demás. Doctrinar el Engaño. Porque o bien representaron a sabiendas la farsa de la madurez o fueron unos tristes, lamentables engañados. Y he aquí cómo, según la tesis del libro, se opera ese engaño. La inmadurez más perniciosa no es precisamente la que traemos todos al nacer, sino esa otra que se nos enseña e inyecta y en la que mimética, inexorablemente se cae aun cuando se aparente o se crea rechazarla. En la novela, el profesor Pimko arquetipa a tal Engañador, y Kotecki, el alumno, a los rebelados. Y ¡qué ingenuos y terribles resultan esos discursos de los Pimkos diseminados por el mundo, machacando sobre las cabezas inocentes de los Koteckis indómitos, la belleza de lo Bello, el arte del Arte, la musicalidad de la Música o la estatuidad de la Estatua! "Los personajes de "Ferdydurke", dice el autor, no tienen ideales, ni dioses, sino *mitos inmaduros* que podríamos definir como un ideal adaptado al nivel de la auténtica realidad íntima del hombre".

Todo esto que puede parecer ya sabido o notado, un lugar común, es importante evidenciarlo así directamente, porque representa para Gombrowicz el síntoma y la enfermedad de la cultura contemporánea. De ahí la dificultad para expresar esa inmadurez, de ahí cómo se la quiere ocultar, enmascarar. Pero, ¿cómo evidenciarla, cómo darle forma sin caer en lo absurdo o disparatado? Gombrowicz ridiculiza la forma y satiriza a todos aquellos que se han dejado inmolar por ella. "La Forma no es para vosotros algo viviente, humano, algo diría, práctico y cotidiano, sino un atributo festivo del arte. Inclinados sobre vuestro papel os olvidáis hasta de vuestras propias personas —y no os importa perfeccionaros en vuestro propio, personal y concreto estilo, sino perfeccionar no sé qué cuentos abstractos e imaginarios—. En vez de que el arte os sirva, servís al arte. Para vosotros, la Forma y el Estilo siempre constituyen sólo conceptos de orden artístico —y así como habéis estrechado el arte a la función de producir obras artísticas, del mismo modo reducís el concepto del estilo y de la forma: para vosotros el estilo es sólo el estilo sobre el papel, el estilo de vuestros cuentos—. Por eso el propio autor se burla de toda esa preceptiva literaria, deformando las palabras, corrompiéndolas, obligándolas a torcerse y retorcerse hasta la locura, inventando nuevas palabras, no precisamente por desechar las que están en uso, sino por burla, por humor, por deleitarse en ese fantástico pure nonsense, en el absurdo, en el disparate. Contra los eruditos deforma etimologías, contra los latinizantes inventa declinaciones pueriles y ridículas del latín, contra los estilistas construye los hipérbaton más violentos. Gombrowicz inicia el preludio de esa "carga" feroz: a producir la risa, la carcajada, el pandemonium infernal de la palabra y de la idea contra la pretendida tiranía del verbo y del estilo, contra la pretendida rigidez idiomática. Gombrowicz quiere vehementemente que nadie se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

deje atrapar por esos engaños, que se salven los que aun están a tiempo, y en ese sentido el grito de "Ferdydurke" es estridente. Como quien gritara la diferencia que hay entre ahogarse o respirar.

Pero no sería ésta solamente la sorpresa de "Ferdydurke". El libro contiene también un simbolismo y un fin: el héroe consigue salvarse infantilizándose. De ahí esas luchas que, iniciadas en la niñez, se repiten en la adultez. Y lo que fué pelea de niños se convertirá en pelea de adultos. Los desafíos de los escolares del libro son de una brutalidad enorme. Sólo se desafían a muecas.

¿Por qué ese enrostramiento, esa pelea de muecas y visajes? Cerca del final, Gombrowicz dilucida esa simbología rostral, al producirse la batalla suprema de rostros. O mejor, no de rostros, sino de caras, de "fachas", como dice él. La lucha fáchica que libra el latifundista con su peón es de una magnitud inesperada. "Es necesario destruir esa facha, esa carota", se dice el señor. Porque lo que más les irrita y separa son sus propias caras. Lo que quieren imponerse son sus propias "fachas". El rostro señorial no podía soportar la facha peonal. Lo que más le indignaba al señor no era la pretendida diferencia de fortuna o jerarquía, sino esa facha del peón frente a la facha del señor. "El orgullo no permitía! La raza hervía! El señor a quien la Historia en su marcha inevitable quitaba los bienes y el poder, se quedó, sin embargo, con su raza espiritual y corporal. Corporal sobre todo! Podía soportar la reforma agraria y el general público-político igualamiento, pero se rebelaba su sangre al sólo pensamiento de una igualdad privada y corporalmente física, de una fraternización de personas. Con su mano señorial, delicada, le clavaba en el hocico su ser! Así el pavo inyecta al gorrión el pavo! Así la lechuza inyecta a la urraca el culto de la urraca, el toro al perro! Y golpeando moqueteando y pegando quería enseñar al peón su propia persona, no lo que tenía y poseía, no sus bienes sino a sí mismo."

Quedan así, suscintamente expuestos, dos temas de este libro incisivo y batallador. Junto a esa burla y grotesco del espíritu y la cultura, este otro grotesco de las "fachas" y caras. Doble caricatura.

Sé que recomendar un libro resulta una gran responsabilidad, cuando no una gran inutilidad. Pero yo quisiera que muchos —todos, si fuera posible— leyeran éste.

En cuanto a la edición castellana de la novela, teniendo en cuenta las dificultades del original, débese destacar la ímproba tarea que significó al autor su traducción, efectuada por él mismo y un Comité de Colaboradores presidido por Virgilio Piñero y cuyo resultado juzgará el lector.

CARLOS COLDAROLI

Hermann Hesse DEMIAN

(*Argumento,* 1947, Buenos Aires.)

Es felizmente inevitable para los lectores de *Demian* de Hermann Hesse sentirse ante la presencia permanente de una fuerte y torturada personalidad solitaria. Personalidad que se sitúa, con valentía consciente, dentro de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

problemas ineludibles del individuo, los discrimina, los reconoce como propios y en el padecimiento que implica su contacto habitual intenta hallar la respuesta para andar el camino de lo que el autor llama la "busca de sí mismo". Esta busca es el tema esencial de la novela, cuyo primer asombro es la diáfana manera de relatar las pasiones que allí se viven en un clima profundamente intelectual y espiritualista. Importa en *Demian* la autenticidad del problema que se expone en un lenguaje noble y preciso, la solución de ese problema que el autor ha perseguido, no ya –según sus palabras– "en las estrellas o los libros, sino en las enseñanzas que mi sangre murmura en mí". Otra sabiduría del libro es la seguridad con que Sinclair, el protagonista, anota como anticipos de su destino, y los involucra en su misma pasión, sus diarias experiencias, sus sueños premonitorios, su conversión religiosa, y los estados emocionales o metafísicos que lo invaden. Su sojuzgamiento humillante a un compañero de juegos infantiles, Kromer, de mezquinos procedimientos, significa para su existir de muchacho de familia el primer asombro ante una realidad brutal, la primera escisión de sus dos mundos que hasta entonces fluían confundidos en la casa paterna "el día y la noche que venían de dos polos diferentes". La aparición de Demian es el mayor acierto del libro. En intensidad gradual vamos poseyendo el conocimiento de este adolescente que tiene una sorprendente, intuída y ancestral sabiduría y en quien se fusionan, armónicamente, los milenios de un mundo pasado y caduco, un presente titubeante y un futuro presentido entre lúcidas aspiraciones y sueños.

Esencialmente individualista. Hermann Hesse sufre los choques de la colectividad cinrcundante y a ella se niega a asimilarse porque comprende "que los hombres tienen miedo unos de otros y cada uno se refugia entre los suyos. Y tienen miedo" se responde a sí mismo ansiosamente "porque no están de acuerdo consigo mismos". Es por esta necesitada y buscada conformidad con la realización de la vida que el lector puede situarse, como dijimos, ante bellas experiencias relatadas en un lenguaje minucioso y poético. La figura de Demian puede quedar en la literatura como un pretexto del destino, como el impulso que precisan, para realizarse, las vidas que aquí se tratan. Recordemos la hierática actitud de lejanía que asume en una clase de religión Max Demian: en ese cuerpo adolescente, en ese espacio de vida está encerrado todo el tiempo que fluye continuamente. Hay aquí seres nada comunes, con una pura y constante emanación espiritual, un azar que atrae entre sí criaturas insustituíbles para la totalización del destino, que el protagonista, desde la sima del propio ser, intuye que le aguarda. "Para el hombre despierto, dice, no hay más que un deber, buscarse a sí mismo, afianzarse en sí mismo, y tantear hacia adelante siempre su propio camino, sin cuidarse del fin a que pueda conducirle". Y agrega: "yo no existo para hacer versos, para predicar o pintar. Ni yo ni ningún hombre existimos para eso. El verdadero oficio de cada uno es tan sólo llegar a sí mismo". En esa busca trata de sobrevivir a la muerte de una religión instituída por él por tradición de familia. Lo atrae la religión de Abraxas, esa función simbólica que reúne lo divino y lo demoníaco. A ella va a impulsos del mensaje de Demian "el pájaro rompe el cascarón. El huevo es el mundo. El que que quiere nacer tiene que romper un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas". Por esta religión sustenta Sinclair sus ansias oscuras todavía, dese-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cha el puro amor de Beatrice, despojado de toda materialidad y comienza a alimentar el sueño que será desde entonces el más importante y tenaz de su vida: Eva, la mujer que su realidad ha de amar conscientemente; Eva madre de Demian, amor que se nutre de sus propias emanaciones espirituales, y que crea a su alrededor una atmósfera de sutil y seguro amparo. Eva es, pues, madre temporal de Demian; símbolo de una tierra que propicia y alimenta los sueños y que necesita ser atraída para devolver, multiplicados, sus frutos.

Ya al final del libro, y próximo el estallido de la guerra de 1914, sueños premonitorios presagian en Demian el cercano derrumbamiento de Europa: "el mundo quiere renovarse. Hay un olor de muerte. Nada nuevo surge sin la muerte". Demian siente que las grandes corrientes del mundo no pasan vanamente a su lado. Que el mundo quiere transformarse y lo necesita. Ya en la guerra, Sinclair, hace observaciones como ésta: "antes me había preguntado cómo eran tan pocos los hombres que habían conseguido vivir para un ideal. Ahora he advertido que todos los hombres son capaces de morir por un ideal. Pero no ha de ser un ideal suyo libremente elegido sino un ideal común y transmitido".

Muerto Demian para la vida física renacerá para siempre en el espíritu de Sinclair, el amigo: "Cuando me necesites no vendré toscamente a caballo o en tren, tendrás que escuchar en ti mismo y advertirás que estoy dentro de ti", son las últimas palabras pronunciadas en un clima con mezcla de alucinación y realidad.

Y aunque al cerrar este bello libro de Hesse, Sinclair, ya herido de guerra, diga entre otras cosas "al día siguiente la cura me hizo daño; todo lo que después me ha sucedido me ha hecho daño" el lector se siente alcanzado por la nobleza de una vida auténtica.

W A L L Y Z E N N E R

REX WARNER: *THE AERODROME* (Penguin Books)

Un cuerpo que en la noche está caído en el barro; un estado de incompleta ebriedad en el que, por el contacto con los elementos circundantes, pueden experimentarse y diferenciarse las sensaciones: el barro húmedo "que olía bien" pegado a la cara, el barro canalizándose por entre los dedos de la mano, el agua fría colándose hasta la nuca, campanas y voces que se reconocen, árboles gigantes abarcando un lugar de sueño, ésto y más mezclado al recuerdo impreciso e incómodo de los recientes hechos sitúan a esta novela, desde sus primeras líneas, en una atmósfera fluctuante y fantástica y colocan a Roy, el protagonista, en un angustioso balanceo entre dos mundos antagónicos y de parecida crueldad: el pueblo y la Base Aérea.

Con pericia el autor ha rodeado de un doble clima las cosas afirmadas en la realidad brutal: uno de estos climas sería esa especie de luz fuertemente inmóvil, dura, que envuelve a los acontecimientos diarios y los desnuda; otro, el que dentro de las dimensiones estrictas del hecho conciso se produce al percibir que una inmutable corriente emocional subsiste bajo el suceso cotidiano que protagonizamos; subsiste y lo alimenta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Insólitas circunstancias en la vida del protagonista (el súbito desplazamiento de su situación de hijo en el hogar respetable del Rector, la confesión que le toca escuchar en boca de su tutor: un crimen planeado y perpetrado veintidós años antes sobre el amigo íntimo, la irrupción del mismo Roy en el lugar donde la mujer querida lo engaña con desaprensiva alegría) producen en el principal personaje de la obra un arrancamiento de sus profundas raíces y lo empujan a formar parte del mundo opuesto, integrando las fuerzas del Aeródromo que hasta entonces aparecía distanciado por la imposición de sus cláusulas rígidas y casi inhumanas. Recordemos las palabras que pronuncia el Vice-Mariscal del Aire, a manera de oración fúnebre en las exequias del Rector, tutor de Roy y veremos que el tono de infernal impiedad ante el cuerpo muerto, su demoníaca soberbia, su desprecio por la meditación o el misterio no son sino una enarbolada voluntad de irrupción del mundo frio y cruel que representa el Vice-Mariscal en el otro de apaciguamiento anonadado, de disimulo y mentiras que asiste al oficio.

"Estamos aquí reunidos porque se trata de enterrar a un hombre. Su cuerpo se encuentra en este ataúd y su muerte es el resultado de un desdichado accidente. La muerte es a menudo, una cuestión de accidentes y no hay razón especial alguna de aflijirse porque el Rector haya desaparecido de esta manera. Hubiera podido ser deshecho por un automóvil o caer en un precipicio. No vamos, pues, nosotros a llorarlo por la forma que ha tomado su desaparición. En cuanto a su vida, él estaba en mejores condiciones que otro cualquiera para juzgar si estaba bien o mal empleada. Si hay amigos entre Uds. piensen que el objeto de un afecto de esa clase nunca es inmortal. Si hay enemigos, díganse a sí mismos que el odio entre individuos siempre es una pérdida de tiempo y de energía. Este hombre ha muerto. Su familia, por lo que sé, se halla a cubierto de toda necesidad. Este es un tema, sobre el que, a mi parecer, no debemos volver. No sé si alguno de Uds. está al corriente de lo que va a suceder dentro de poco en el pueblo... Un capellán de la Aviación ocupará el lugar del difunto Rector... Por el momento quiero solamente advertirles que harán bien en ir preparándose para una modificación considerable de sus vidas. En las Fuerzas del Aire encaramos las cosas desde otro punto de vista que el que hasta ahora ha dictado las opiniones de Uds. El desorden, la ineficacia, la desidia, cualquiera ella sea, no son tolerados entre nosotros. Me basta con haberles indicado los futuros cambios, porque es lo que constituía el objeto de mi visita. Ocupémonos ahora de enterrar al muerto."

Uno solo de los personajes, Roy, participa con igual intensidad de los dos mundos. Pero los actos, las palabras, la evasión de las demás figuras en el silencio angustioso o perplejo y que son en la lectura, distintos momentos de asombro, se justifican siempre por una conexión buscada puesto que arrancan de una vida anterior sucedida entre rencores y renunciamientos, de antiguos deseos insatisfechos y la necesidad de una íntima recuperación. En *"El Aeródromo"* es por sus actos de planeado horror, por pobreza o cobardía que se traducen con fidelidad los personajes. ¿Por qué, entonces, ese visible desinterés de Rex Warner por mantener la tensión de su lector hasta el final de su obra? ¿Por qué esta fatigada manera con que abandona sus personajes sin la precisión del trazo último? Es indudable que cada uno de ellos actúa bajo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la gravitación de su pasado y que esto puede justificar ciertos diálogos, pero la obra alcanza un final donde lo explicativo provoca un tambaleo de los caracteres. Hay —fuerza es reconocerlo— innecesarios reproches que desnivelan, con una inesperada y penosa defraudación para el lector, el tono de jerarquía mantenido durante esta novela de excelente factura. En todo caso es la obra de un hombre de pasión a quien la realidad no defrauda porque él mismo no ha podido evitar ser incorporado a ella con el patrimonio oscilante e irrenunciable de su humana condición. En las amargas palabras que cierran la obra, alienta la esperanzada angustia de un poeta y valen en la novela lo que un lanzazo de luz en el titubeo último de un día que muere.

"A fin de que el mundo sea claro" dice por boca de un personaje Rex Warner, "claro, lo es, en verdad y singularmente complejo, más feroz que los tigres, maravilloso y lleno de inagotable perdón."

Rex Warner nació en Inglaterra en 1905. Su padre fué pastor de la Iglesia Anglicana. Estudió latín y griego en Oxford y fué maestro durante el primer año de la guerra última en Inglaterra y Egipto. Ha publicado un libro de poemas y es autor de cuatro novelas. Ha escrito comentarios sobre Kipling y sobre Dickens.

W A L L Y Z E N N E R

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ANDRE MAUROIS

Invitado por Los Anales de Buenos Aires, vendrá en el próximo mes de agosto a Buenos Aires, el ilustre académico francés, André Maurois, el cual dará en el teatro Politeama una serie de conferencias que versarán sobre los siguientes temas:

Climat de l'amour modern.

L'esprit de l'humour.

La philosophie á l'époque actuelle.

Rôle de l'art dans la vie.

Souvenirs de ma vie littéraire.

Maurois ha sido también invitado por los gobiernos de algunas naciones americanas, entre otras Chile, Perú, Colombia, Ecuador para dar conferencias.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

María Metodia Hoene

Arquitecta de Jardines

Plantas y Flores
para decoración e interiores

●

ESPECIALIDADES UNICAS
EN BUENOS AIRES DE

RHODODENDRON
Y AZALEAS

Cultivos Propios:

MIRAMAR - VILLA GOLF
DORMY HOUSE

★

OLIVOS, F. C. C. A.

Mariano Pelliza 1421

★

Informes en Buenos Aires:

T. A. 44 - 9787

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡YA ESTÁ SU BAÑO, SEÑOR!

Con el *tanque eléctrico*, en seguida, a cualquier hora del día o de la noche, Ud. dispone de un saludable baño caliente... En cuanto abre la canilla, el agua brota abundante y a la temperatura deseada!...

El *tanque eléctrico* ahorra tiempo. Es cómodo, limpio y seguro... En nuestras Exposiciones puede usted adquirirlo en cuotas mensuales.

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 812 - T. A. 34, DEFENSA 6001
Y SUCURSALES EN CAPITAL Y PROVINCIA

LOS ANALES DE BUENOS AIRES

Condiciones de Suscripción:

ANUAL ..... $ 12
PROTECTOR ..... $ 25

Dirección y Administración
Avenida ROQUE SAENZ PEÑA 1119 — BUENOS AIRES — T. A. 35, LIBERTAD 8512

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

$ 1.60 m/n.

ARTES GRA
B. U. CHIE